

**MI ÁNGEL**

Carlos Molinero-Rosales  
[cmolineror@gmail.com](mailto:cmolineror@gmail.com)

Pasó. Y cuando pasó así,  
me tuve que detener y sonreír y  
asentir: ya estaba seguro; seguro y  
protegido. Y lo comprendí, aunque él  
nunca tuvo la necesidad de demos-  
trarme nada.

El niño estaba tumbado en su cama, con la mano extendida hacia arriba y jugando con sus dedos, como si fueran guardias de tráfico que dirigen las motas de polvo que iban y venían por el haz de luz que se colaba en su cuarto a través de las rendijas de la persiana cerrada. Y volvió a entrar su Madre.

-¡Miguel, que te levantes! Es la tercera y última vez que vengo a decírtelo. O te levantas o te echo un vaso de agua fría encima.

Aunque para Miguel su Madre era mayor, para el cómputo de la sociedad se diría que era una mujer de mediana edad. Y para los ojos de Miguel su Madre era la más guapa, la más alta y la mejor; y aquí daba igual el cómputo de la sociedad.

-Pero, Mamá... Si estoy de vacaciones. ¿No me puedo quedar un poco más?

-¡El poco más fue hace más de una hora! Son las once de la mañana y no te quiero ver todo el verano holgazaneando. ¡Venga, arriba! -Lo dijo con los brazos en jarra y dejando bien clara su autoridad. Aunque sus ojos marrones demostraban más bien simpatía y comprensión.

Y aunque los ojos de su Madre le demostraban comprensión, viendo el resto de su cuerpo Miguel no tuvo más remedio que retirar las sábanas con los pies. Empezó a levantarse lentamente mientras que bostezaba y se estiraba. Metió los pies dentro de las zapatillas de casa y se fue acercando a la puerta. Las mangas de la camisa del pijama, heredado de su hermano mayor, le sobresalían y ya había cogido la costumbre de agarrar los extremos de las mismas para reguardar sus puños de la diferencia de temperatura entre su cama y la dura realidad, como él la llamaba, al levantarse.

-¿Pero es que no vas a rezar? -le preguntó la Madre.

-Se me ha olvidado -se excusó Miguel.

Se dio la vuelta, se puso de rodillas en el suelo, apoyando los brazos en la cama, y se santiguó rápidamente. Musitó una oración que su abuela le había enseñado, según él hace mucho tiempo, y con la mano a medio sacar de sus largas mangas del pijama echó un beso sonoro hacia una imagen de la Virgen que colgaba de la pared. En unos segundos ya estaba otra vez de pie andando hacia la puerta y sorteando la cama de su hermano mayor. Éste dormía en el mismo cuarto desde siempre, aunque solía levantarse antes.

-Mamá, ¿puedo desayunar viendo la tele? -Para él eso era sinónimo de que estaba de vacaciones

-No. Desayunas en la cocina como hemos hecho todos. Además así me acompañas mientras friego los platos y hago la comida -terminó diciendo, para suavizar el mandato.

Miguel no era muy alto para su edad. Es más, se diría que era más bien bajito. Aunque claro, con seis años era difícil saber si sería grande o pequeño. Al acercarse al marco de la puerta de su cuarto se paró, apoyó la espalda, estirándose todo lo que pudo sin levantar los talones para no hacer trampas, y se midió con la mano, poniéndola encima de la cabeza y haciendo el recorrido desde el pelo que estuviera más levantado hasta el resto de marcas que había dibujadas en la madera.

-Mamá, creo que he crecido esta noche.

-Lo dudo mucho, hijo -le dijo la Madre empezando a caminar hacia la cocina-. Aunque hubieras crecido no lo notarías.

-No, Mamá. En el colegio me ha dicho un amigo que si se duerme mucho se crece más rápido. Además estoy más alto que la última raya que hice.

-Para crecer hay que comer y hacer deporte; no estar todo el día tumbado. Así lo único que consigues es ser un gordo -le dijo su Madre esbozando una sonrisa.

Su dormitorio, junto con el resto de dormitorios, estaban en un extremo de la vivienda, y se unían a la sala de estar y la cocina por un pasillo de unos pocos metros totalmente recto en donde la única puerta que había era la del cuarto de baño del piso; que fue donde se metió para hacer pis.

Cuando por fin llegó a la cocina vio a su Madre que ya estaba otra vez fregando con esos guantes de plástico que tenían un agujero pequeño en uno de los dedos de la mano derecha. Miguel acercó un taburete a la encimera, que estaba frente al fregadero, se subió a él, y poniendo los codos sobre el mármol, se sujetó la cabeza para seguir descansando (estaba seguro que su cabeza pesaba más por las mañanas que por las tardes).

-¿Qué hay para desayunar, Mamá? –dijo medio bostezando y sin siquiera levantar la cabeza.

-Saca unos bizcochos del armario. Y tienes leche en la nevera.

-¿Otra vez bizcochos? ¡Todos los días tomo lo mismo!. Mis amigos desayunan cereales y yogur del que se bebe -con el comienzo de las vacaciones Miguel tenía tiempo para luchar por cambios en su dieta

-Ya, pues si quieres ese desayuno luego bajas y lo compras con tu dinero para mañana.

Miguel se bajó de su taburete y se fue a la nevera para sacar la leche. Estuvo mirando en la nevera por si veía algo que pudiera apetecerle, pero no encontró nada.

-¿Me das un vaso, Mamá?

-Toma, cariño.

Su Madre le dio uno de los vasos recién limpios que acababa de colgar en el armario que había sobre el fregadero.

Como a cámara lenta y soñoliento, Miguel seguía deslizándose por la cocina, seleccionando las diferentes cosas para su desayuno y agrupándolas en su sitio de la encimera: vaso, cuchara, bizcochos, cacao, leche. Le molestaba mucho que se le olvidara algo y tener que volver a bajarse de la silla para buscarlo. Recordó como un día, después de haber llevado todo, al sentarse se dio cuenta de que se le había olvidado el vaso, y por no volverse a levantar se metió el cacao directamente en la boca y bebió la leche desde la botella. Al segundo trago de leche ya estaba tosiendo y poniendo la encimera perdida.

Una vez que tenía todo el material listo empezó la operación: primero echó el cacao, después la leche y después diez bizcochos. Tuvo que empujar bastante para que entraran todos en el vaso, pero cuando lo había conseguido (derramando buena parte de la leche que ya estaba en el vaso) no podía beber nada, ya que se había formado una masa bien compacta. Cogió entonces la cucharilla y empezó a tomar un poco de su desayuno como pudo. Por cada cucharada que daba echaba un poco más de leche, para intentar diluir la masa creada.

Así estuvo un rato hasta que pudo comprobar que lo que había en el vaso ya era algo más o menos bebible. Y entonces pudo desconcentrarse de la misión y empezar a hablar con su Madre, y como siempre tenía que empezar con una pregunta:

-Mamá, ¿cuántos ángeles de la guarda tengo yo?

-¿Cómo que cuantos? Uno, como todo el mundo. ¿Y eso a qué viene hijo mío? -le preguntó su madre mientras seguía fregando.

-Es que cuando se despidió el profesor al irnos de vacaciones nos dijo que pidiéramos ayuda a nuestros ángeles de la guarda para que durante el verano no nos pasara nada mala y no hiciéramos muchas travesuras.

La frase del profesor dejaba claro que algunas travesuras iban a hacer y que lo importante es que no fueran muchas. Por lo tanto para Miguel ese punto estaba claro. La Madre terminó de secar un plató recién fregado y meditó durante unos segundos la respuesta.

-Como lo dijo para toda la clase estaba hablando para varias personas y para eso se usa el plural -le aclaró la Madre colgando el plato en el armario-. Si se hu-

biera dirigido a ti sólo, te habría dicho que pidieras ayuda a tu ángel de la guarda, en singular.

-¿Y dónde está mi ángel de la guarda? -preguntó Miguel.

-Bueno, tu ángel de la guarda está siempre a tu lado para protegerte.

-¿Para protegerme de todo, Mamá?

-Dios nos ha puesto a cada persona un ángel para que cuide de nosotros y nos ayude para ser buenos y así poder ir al Cielo.

-Mamá, pues a ti tu ángel no te está ayudando a fregar -constató Miguel, mientras daba un sorbo a su desayuno, que sostenía todo el rato en sus manos ya que ahora estaba sentado mirando a su Madre y no tenía donde apoyarlo.

-No, hijo. Lo que pasa es que sobre todo nos ayuda dándonos consejos sobre cómo hacer las cosas bien. Aunque a veces puede también hacernos favores especiales. Pero nuestro ángel de la guarda no va a realizar nuestro trabajo por nosotros, eso tenemos que hacerlo nosotros.

-Pues yo nunca le he oído. Además mi ángel nunca ha estado conmigo.

-Lo que pasa es que los ángeles son invisibles porque no tienen cuerpo.

-¿Cómo Dios entonces?

-Más o menos. Tu ángel, aunque tú no lo veas, está siempre a tu lado y si estás atento puedes escucharlo.

El pequeño dejó de mover la cuchara y se quedó mirando al frente un rato con los ojos entrecerrados... y lo único que escuchó fue el agua corriendo y el ruido de los cacharros que manejaba su Madre.

-Yo no le oigo Mamá.

-Pero es que no se oye con los oídos, sino con el corazón -contestó su Madre sin darse cuenta de lo que podría llegar a ocasionar esa respuesta tan poco concisa.

-¿Con el corazón?

-Sí, claro. Cuando tengas duda sobre si una cosa está bien o mal le preguntas y lo que sientas en tu corazón esa es la respuesta de tu ángel.

-¿Y le puedo preguntar lo que quiera?

-Claro, hijo.

Miguel miró a su lado derecho se puso serio y preguntó:

-A ver Ángel, ¿cuántos años tengo?

Su Madre se echó a reír y Miguel volvió a mirar hacia ella sorprendido.

-¿Por qué te ríes?

-Mira, hijo. No puedes hacer ese tipo de preguntas a tu ángel. Ni que fuera un libro. El ángel, como ya te he dicho, está para ayudarte a querer más a Dios y a hacer las cosas bien hechas, como un niño bueno, pero no para preguntarle tu edad.

-Tu ángel -seguía diciendo la Madre- será tu mejor amigo. Por eso es bueno que lo llames con algún nombre.

-A ver ángel, ¿cuál es tu nombre? -preguntó Miguel en voz alta volviendo a mirar hacia su derecha.

La Madre se volvió a reír.

-Hijo, puedes ponerle el nombre que tú quieras.

-¡Pero él sabrá cómo se llama! No voy a inventarme su nombre, digo yo -explicó Miguel seriamente.

-Bueno, sí. Pero como la idea es que tú seas su amigo, puedes llamarlo como tú quieras.

-Pero si ya tiene un nombre ¿para qué voy a ponerle otro?

-Porque a tu ángel no le importa que le pongas el nombre que tú quieras si te gusta. Para él el nombre no es importante, sino ser tu amigo.

-Entonces, ¿le puedo poner el nombre que quiera y me hará caso?

-Sí. El que tu quieras. Y él te hará caso siempre que lo vea oportuno y necesario.

Miguel se terminó su vaso de leche mientras pensaba en silencio, se levantó del taburete y mientras salía de la cocina dijo: -le pondré el nombre de Kuko.

Eran las dos y media de la tarde, y nada más oír meter la llave en la cerradura de la puerta de la calle Miguel salió corriendo hacia ella.

-Papá, ¿sabías que mi ángel se llama Kuko? -le preguntó Miguel a bocajarro a su Padre, que llegaba con el maletín y bastante acalorado del trabajo. Tuvo que pararse en seco para no atropellar a su hijo y si ya era alto, alrededor del metro ochenta, al frenar poniéndose de puntillas aún lo parecía más.

-¿Sí? ¿Y cómo lo sabes? -preguntó el Padre viendo que su hijo no dejaba de interceptarle el paso.

-Bueno, es el nombre que le he puesto yo. Pero antes le he preguntado cuál era el suyo y no me ha contestado -dijo como excusándose-. Mamá me ha dicho que puedo hacerlo.

Ya estaba todo explicado y entonces es cuando Miguel se empezaba a apartar de la puerta dando permiso a su Padre para entrar.

-Pues, hola, Kuko -dijo su Padre en voz alta mirando un poco para arriba y acariciando la cabeza rubia de su hijo mientras pasaba por su lado.

Miguel se quedó quieto un rato, en silencio...

-Eres un mal educado, Kuko: a las personas mayores se les contesta cuando hablan.

Salió corriendo hacia su cuarto pero, al pasar por la cocina, oyó la voz de su hermana Ana:

-Miguel, ayúdame a poner la mesa. Anda, sé bueno.

-Siempre soy yo el que lo hago todo en esta casa -contestó Miguel dando media vuelta y dirigiéndose a ayudar a su hermana-. ¿Qué tengo que hacer? –preguntó un poco enfadado, pero obediente.

-Coge los cubiertos y los pones al lado de cada plato.

-En esta casa el único que trabaja soy yo -apostilló Miguel con otra de las frases que había oído y le gustaba repetir.

Miguel fue dándole una vuelta a la mesa que estaba en el centro de la cocina poniendo los cubiertos.

-¿Y Pedro no ayuda? -le preguntó Miguel a su hermana, refiriéndose a su hermano mayor.

-Pedro está comiendo en casa de un amigo suyo.

-Pues yo mañana también me iré a comer a casa de un amigo -sentenció Miguel.

-¿De qué amigo? -le preguntó su hermana con la intención de hacerle ver que no sería tan fácil.

-De uno que se llama Kuko –dijo Miguel después de pensarlo un poco.

-No creo que mamá te deje. Todavía eres muy chico -contestó su hermana sorprendida de que Miguel realmente pudiera tener amigos que le invitaran a su casa.

-Pues si soy chico para irme con mis amigos también soy chico para poner los cubiertos –dijo Miguel dejando de ayudar y cruzándose de brazos.

-¿Y quien es Kuko? -preguntó su hermana intentando que Miguel se olvidara del enfado: ya tenía experiencia de cómo se ponía su hermano cuando se enfurrñaba.

-Es mi ángel de la guarda.

-¿Y se llama Kuko? –preguntó Ana intentado disimular las ganas de reír y volviendo a darle los cubiertos a Miguel.

-Sí. Es su nombre –afirmó rotundo.

-Pues tiene un nombre de perro.

Miguel se quedó pensando unos segundos.

-No. Lo que pasa es que es un nombre extranjero. Porque los ángeles no son como nosotros -dijo Miguel aclarando el porqué del nombre de su ángel-. ¿Cómo se llama tu ángel, Ana?

-Pues la verdad es que no lo sé -le contestó la hermana.

-¡Vaya amiga que estás hecha! Seguro que tu ángel no es tu amigo. Tendrías que ponerle un nombre -dijo Miguel, poniendo derecho el último cubierto con la cabeza bien alta y saliendo del comedor con la sensación de quien ha triunfado por que sabe más que la otra persona.

Ana ya había terminado de poner la mesa y estaba ayudando a su Madre a poner la comida. Era la hermana mayor y, aunque sólo tenía quince años, parecía más madura que las chicas de su edad. Los estudios le iban bien y cuando sus amigas, que la mayoría ya salían con chicos, le preguntaban ella decía con orgullo que todavía no tenía novio y que eso lo dejaba para más adelante, que ahora lo importante eran otras cosas. Era simpática y cariñosa y por eso se relacionaba bien con casi todo el mundo. Sin poner apenas esfuerzo solía actuar de líder y en su casa era claramente quien mandaba en ausencia de los padres, sin tener que ejercer su derecho de hermana mayor; bien es verdad que el único que podía rebatírselo era Pedro, que tenía 13 años..

-Mamá, la Pequeñina se ha hecho caca -dijo Miguel corriendo hacia la cocina.

-¿Estás seguro? -preguntó Ana.

-O eso o es que se ha tirado un pedo muy grande, porque huele muy mal.

-Ya la cambio yo, mamá -dijo Ana mirando a su Madre.

-Mamá, si quieres le puedo pedir a Kuko que me ayude a cambiarla y lo hago yo, que ya casi sé -dijo Miguel.

-No hace falta, ya va tu hermana. Anda, lávate las manos y ve a sentarte que ya casi hemos terminado de preparar todo para la comida -dijo la Madre a Miguel-. ¡Y avisa a tu Padre de que vamos a comer! -medio gritó la Madre cuando ya Miguel se estaba yendo por el pasillo hacia el baño.

Miguel entonces corrió hacia el cuarto de sus Padres, que es donde calculó que estaría su Padre. Abrió la puerta de golpe y encontró a su Padre poniéndose una camisa algo más cómoda que la que traía del trabajo.

-Papá, dice Mamá que vayas a comer que ya está todo listo -dijo a toda prisa desde la puerta y cerrándola después, sin dejar espacio ni tiempo para que el Padre le pudiera contestar.

Siguió corriendo por el pasillo y, sin querer, le dio a una pequeña mesa esquinera del pasillo que tenía encima una estatuilla de la Virgen. Cuando Miguel se dio cuenta del golpe ya había sobrepasado la mesa varios metros. Todo sucedió muy rápido: frenó, empezó a darse la vuelta, a la vez que observaba como la estatua iba balanceándose hasta superar el punto de gravedad que la mantenía erguida; y pensó lo que le dirían sus Padres, teniendo la reacción de echar la culpa a alguien:

-¡Kuko! ¡Ten más cuidado con la Vrgen! -gritó

Miguel ya volvía sobre sus pasos para intentar salvar la caída de la estatua, pero pudo ver como la estatua volvía a su punto de origen con un movimiento contrario a esa ley de la gravedad que parecía a favor de la ruptura de la imagen.

-¡Uf! Menos mal, Kuko, que la has salvado. Nos hubiera caído una buena de Mamá si se llega a romper -comentó Miguel en voz alta, mirando un poco hacia la derecha para que su Ángel le escuchara bien.

Y sin darle más importancia se volvió a dar la vuelta y se dirigió a lavarse las manos, pero esta vez andando. Los huecos de pared que quedaban entre las puertas que se abrían a lo largo del pasillo estaban cubiertos de fotografías de la familia: juntos, separados, en acontecimientos importantes o simplemente en momentos alegres. La luz que entraba de alguna de las ventanas de esos cuartos era la que iluminaba el pasillo y sólo cuando empezaba a anochecer se encendía las dos lámparas que colgaban del techo. La puerta del baño se distinguía del resto de puertas

por que era algo más estrecha, pero sobre todo porque estaba pintada con otro color. Miguel tuvo que ponerse de puntillas para dar al interruptor de encendido de la luz del baño que estaba a la derecha de la puerta. Al terminar de lavarse las manos se marchó hacia el comedor, donde el resto de la familia ya estaba sentándose.

Al poco de tomar asiento -él lo hacía siempre en uno de los lados de la mesa, en una silla con un cojín que le elevaba un poco-, llegó Ana de cambiar a su hermanita. Nadie había puesto sitios fijos pero todos se sentaban siempre en el mismo lugar, quizás por costumbre.

-Mamá, la Niña está mala -dijo Ana al sentarse.

-¿Por qué lo dices? -preguntó la Madre.

-Porque ha hecho caca líquida.

-¡Que estamos comiendo! -resopló el Padre mirando a su hija.

-Miguel, ¿tu le has dado algo de comer a la Niña? -preguntó la Madre.

-No, Mamá. De verdad -contestó Miguel.

-Bueno, luego le pondré el termómetro -comentó la Madre para terminar la conversación.

Durante las comidas solían hablar de diversos temas y casi siempre era la madre quien iniciaba la conversación haciendo una pregunta sobre los acontecimientos que esa mañana hubiera tenido o el marido o uno de sus hijos. A partir de ahí ya podía ocurrir cualquier cosa: o una narración épica de algún logro o una excusa disimulada de algún fracaso.

Acabaron de comer y Miguel preguntó a su Madre:

-Mamá, ¿puedo irme abajo a jugar?

-Ahora no. Es muy pronto y hace mucho calor. Te va sentar mal la comida.

-Contestó la Madre mientras iba y venía con platos desde la mesa al fregadero o al frigorífico.

-Pero, Mamá, todos mis amigos están abajo.

-Ya. Pero yo no soy la Madre de tus amigos y si a ellos les da un corte de digestión o una insolación, no será mi problema.

-Y si te prometo que no me voy a cortar la digestión, ¿puedo ir?

-No, hijo. Ve más tarde. -Contestó, intentando terminar la conversación y reprimiendo una sonrisa por la confusión de las palabras de su hijo.

-¿Y si me quedo dentro del portal en los escalones jugando? -insistió Miguel.

-Bueno, si me prometes que te vas a quedar ahí y que no vas a salir a la calle, puedes bajar -terminó cediendo.

-Gracias, Mamá -gritó Miguel, que ya estaba corriendo hacia la puerta de la calle.

-¡No corras! -gritó a su vez la Madre que ya estaba dirigiéndose al cuarto de la pequeña para ver como estaba. Le pasó la mano por la frente y comprobó si había vuelto a manchar los pañales. Estaba dormida en su cuna y no parecía que estuviera enferma ni inquieta. Era su cuarto hijo y ya las preocupaciones sin sentido no entraban en su forma de ser. Seguiría observándola hasta que viera alguna otra manifestación de alguna posible enfermedad o infección.

Mientras tanto Miguel llegó al portal y se encontró con dos de sus amigos que ya estaban jugando en los escalones con unos coches.

-Hola –saludó.

-Hola –dijeron los otros.

Y se puso en cuclillas apoyando el trasero sobre los talones de los pies. Tenía experimentado que esa era la postura más cómoda para jugar con los coches.

-¿Echamos una carrera de obstáculos? –sugirió Miguel después de observar que los otros tampoco es que estuvieran haciendo nada interesante.

-Vale. Pero no hagas trampa –dijo uno de los dos niños, el que tenía los coches más chulos.

-Yo no hago trampas –contestó Miguel sin moverse de su posición.

-Sí que las haces –le dijo el otro amigo.

-¡Qué no hago trampas! –afirmó rotundo Miguel, cogiendo uno de los coches y dando por terminada la discusión-. Vamos a construir la pista, que he tenido nuevas ideas.

Se veía que Miguel había copiado el liderazgo de su hermana Ana y dominaba en el grupo de amigos.

Cogió una de sus zapatillas y se la quitó, la puso bocabajo entre un escalón y otro, consiguiendo una rampa de descenso que habría sido perfecta si su pie no hubiera sido tan chico y por tanto no cubrir todo el espacio entre los escalones. Luego, puso la otra zapatilla a unos metros de los escalones en la parte más alta y metió dentro de ella uno de los coches.

-Esta será la salida –afirmó una vez terminada la composición de la pista.

-¡Pero es una pista con muy pocos obstáculos! –dijo uno de los amigos.

-No. Lo que pasa es que primero hay que hacer esta pista. Los que la pasen sin dificultad pasarán a la siguiente pista en donde ya la construiremos con más obstáculos –explicó Miguel.

Se volvió a poner en cuclillas y saco el coche de su zapatilla-garaje para lanzarlo por la pista que había creado. El coche recorrió los pocos metros que lo separaban de los escalones rápidamente, pero cuando llegó a la zapatilla-rampa en vez de deslizarse por ella chocó violentamente con lo que sobresalía del tacón haciendo que el coche levantara el vuelo.

Duró unos dos segundos, durante los cuales los tres niños se quedaron con la boca abierta viendo al coche volar por los aires sobrepasando los tres escalones de bajada y chocando estrepitosamente contra la puerta de entrada de la calle, con tan mala fortuna que uno de los cristales de la puerta estalló en mil pedazos.

-¡Anda! –fue lo único que pudo decir uno de los amigos de Miguel, volviendo la cabeza adonde se encontraba éste para ver su reacción.

Pero Miguel tardó todavía varios segundos en reaccionar. Seguía en cuclillas con la boca abierta pensando qué debía hacer. Poco a poco empezó a ponerse de pie y bajó los tres escalones para dirigirse al agujero en la puerta, que había dejado el coche, creyendo que de ese modo se taparía por arte de magia.

-¡Leche! –soltó cuando se le incrustó uno de los pequeños cristales que había en el suelo en sus pies descalzos. Levantó el pie dolorido, perdiendo el equilibrio y cayendo de espaldas, mientras volvía a repetir el improperio: -¡Leche! –era el que oía a su hermana Ana y pensaba que decirlo era de personas mayores.

Se le habían saltado las lágrimas, más por el susto de haber roto el cristal e imaginarse lo que le esperaba, que por el dolor del pie. Pero cuando vio entrar a una de las vecinas, no tuvo más remedio que empezar a llorar todo lo fuerte que pudo para conseguir inspirar la suficiente pena.

-¿Pero que ha pasado? –preguntó la vecina en general y yendo hacia Miguel, al ver que tenía el pie con un poco de sangre.

-Miguel ha roto el cristal con un coche –afirmó uno de los amigos, que todavía no se había movido del sitio en donde estaba desde que el coche se estrelló contra el cristal.

-¡Válgame Dios! Si ya lo decía yo. ¡Estos niños acabarán por incendiar la casa! ¿Es que no podéis hacer vuestras travesuras en otro lado? Un buen azote es lo que os hace falta –seguía hablando la señora mientras miraba, un poco duramente, el pie de Miguel y lo cogía en brazos.

-A ver. Venid conmigo ahora mismo –dijo la señora a los otros dos niños.

Subieron al ascensor y fueron al cuarto piso. La vecina tocó varias veces seguidas el timbre de la puerta en donde sabía que vivía Miguel.

-¿Pero qué ha pasado? –preguntó la Madre abriendo de par en par la puerta de su casa para dejar pasar a la señora con el niño en brazos-. ¿Qué te has hecho, hijo mío?

Pero Miguel seguía llorando. Sabía que dependía del teatro que hiciera para que su Madre no le castigara. -Y todavía no sabía nada sobre el cristal de la puerta –pensó Miguel procurando llorar con más fuerza.

-Señora, ¿es que no puede tener a su niño jugando en su casa? Un día vamos a tener un disgusto serio y ya no habrá solución.

-Bueno, tranquilícese –dijo la Madre de Miguel-. Tampoco es para tanto. ¿Sabe usted con qué se ha cortado? -preguntó cogiendo el pie de su hijo.

-Sí, señora –empezó contestando la vecina con aire de crítica-. Se ha cortado con un cristal. –Y paró para ver la reacción de la Madre.

-¿Con un cristal?

-Sí. Con uno de los trozos de cristal en los que han convertido la puerta de la entrada al edificio.

-¡Pero, Miguel! –gritó la Madre-. ¿Qué has hecho esta vez? ¿Es que no puedes dejar de hacer travesuras? -le iba preguntando la Madre, cogiéndolo por uno de los brazos con una cierta desesperación.

-No lo he hecho adrede –contestó el niño entre sollozos y con los mocos resbalándosele desde la nariz.

El Padre salió del dormitorio. Se notaba que le habían despertado de su siesta.

-¿Pero qué pasa? –preguntó en un tono mucho más suave del que pensaba emplear antes de ver que estaba la vecina en la casa.

-Que el niño ha roto el cristal del portal y se ha cortado –contestó la Madre.

-Es que a este niño hay que atarlo en corto –protestó la vecina.

-Bueno, bueno. Que tampoco es para tanto –dijo el Padre intentando quitarle importancia al asunto.

-Ha sido sin querer –volvió a decir el niño viendo que podía salvarse del castigo del Padre.

-¿Puede acompañar a estos dos niños a sus casas mientras yo me encargo de arreglar lo del cristal del portal? –preguntó la Madre a su vecina.

-¡Parezco una niñera! –contestó la vecina mientras agarraba de cualquier manera a los dos niños y salía de la casa.

La Madre, después de curar el pie de Miguel y dejarlo sentado en el sofá de la sala de estar viendo la televisión, bajó con la escoba y el recogedor para limpiar los cristales del portal. El Padre se había vuelto a meter en el cuarto dejando en el aire la preocupación de quién pagaría el cristal nuevo.

El resto de la tarde transcurrió con un Miguel tranquilo y silencioso, haciendo dibujos con sus lápices de colores y con la televisión enchufada. No habían pasado ni cuatro horas del incidente cuando volvía Pedro de haber estado con sus amigos y vio a Miguel sentado con el pie apoyado en un taburete y viendo los dibujos animados.

-¿Qué te ha pasado? –preguntó sentándose al lado de su hermano.

Pedro era moreno y delgado. Apenas se parecían los dos hermanos entre sí. Ese año había terminado con un cierto éxito sus estudios de 2º de ESO y sus Padres le estaban tratando como si fuera ya un jovencito: le dejaban salir con más frecuencia a la casa de sus amigos y salir por las noches, siempre que no volviera más tarde de las nueve y media, que era cuando cenaban.

-No será cuento, ¿no? –volvió a preguntarle.

-Se me ha clavado un cristal en el pie –le contestó Miguel dejando de prestar atención a la televisión y deseando que su hermano siguiera preguntándole cosas.

-¿Qué has hecho esta vez? –dijo mirando la venda que tenía su hermano en la planta del pie.

-Hemos hecho una carrera de obstáculos con coches. Pero uno de los coches ha chocado con un obstáculo y se ha estrellado con el cristal de la puerta de la calle, -terminó de explicar Miguel exagerando todo lo que pudo la historia y representándola con las manos.

-¿Por qué siempre te pasan cosas, Miguel? Parece que atraes a los problemas -sentenció Pedro con aires de hermano mayor.

-No soy yo –respondió-. Además a partir de ahora ya no me va a pasar nada más.

-¿Por qué?

-Porque tengo un nuevo amigo que me va a cuidar.

-Sí, claro –dijo un poco escéptico Pedro.

-¡Pues sí! –contestó Miguel elevando la voz., porque una de las cosas que más le molestaban era que alguien no le creyese-. Se llama Kuko y me lo ha dado Dios para cuidarme.

-¿Pero de qué estás hablando? ¿Estás loco o qué?

-Y tú eres tonto. Es mi ángel de la guarda, y me ha dicho Mamá que me cuidará siempre.

-Sí, claro, por eso no te has clavado ningún cristal en el pie –ironizó Pedro levantándose y saliendo de la sala de estar para ir a su cuarto.

-¡Es que no le he pedido ayuda! –le gritó Miguel a Pedro.

La Madre, oyendo el grito, entró en la sala de estar para ver qué pasaba, justo cuando Pedro salía. Le dio un beso y le preguntó qué sucedía.

-No, nada –contestó Pedro.

-No se cree que Kuko me va ayudar -dijo en voz alta Miguel.

La Madre prefirió no entrar en la discusión y se sentó al lado de Miguel.

-¿Qué quieres para cenar? –preguntó

-Helado

-Pero, ¿además de helado? –volvió a preguntar la Madre, sonriendo y acariciándole el pie herido.

-Un bocadillo de jamón y una fanta.

-Bueno. Pero la fanta la sustituiré por agua.

-Pero, ¿por qué? Eso es injusto, Pedro sí puede tomar y yo no –protestó Miguel.

Pero la Madre ya no le hacía caso. Se levantó y se fue a la cocina a preparar la cena.

-¡Miguel, que te levantes! –gritó la Madre al niño a las diez de la mañana del día siguiente.

-Mamá, es que me duele mucho el pie –intentó excusarse Miguel.

-Anda, no seas quejica. Levántate, reza y vente a desayunar.

Miguel se fue resbalando por la cama hasta llegar al suelo. Se puso de rodillas, se santiguó rápidamente y empezó a rezar, pero enseguida dejó caer su cabeza sobre el colchón.

-¡Venga! –le interpelló su Madre.

Cuando oyó a su Madre se levantó de un brinco, dándose cuenta que el pie ya no le dolía al apoyarlo. Se fue a la cocina para desayunar. Hoy estaba de buen humor, se había librado del castigo por haber roto el cristal y eso era motivo de celebración.

Cuando llegó a la cocina vio a la Pequeña sentada en su trona y se dirigió a ella mientras la Madre comenzaba a fregar.

-¡Holaaa! –dijo pegando su frente a la frente de la niña-. ¡Hooooolaaa! –volvió a repetir.

Empezó a hacerle carantoñas y la niña le correspondía sonriéndole, por lo que intentó hacerla reír.

-¿Quéééé?, que mi Niña es mu guapa... –iba diciendo las frases que había oído a su Madre repetir mientras le hacía cosquillas en la barriguita.

Pero, de repente, un ruido hizo que Miguel parara en seco de su intento de hacerla reír.

-Mamá, la Niña se ha hecho caca.

-Pero, Miguel, ¿para qué le haces cosquillas?, ¿no sabes que la Niña está mala del estómago? –dijo la Madre cogiendo a la niña de su trona y llevándosela para cambiarle los pañales. En el baño tenían un cambiador que es el que habían usado para cada uno de sus hijos, y aunque estaba algo viejo, todavía cumplía perfectamente su misión.

Mientras, Miguel empezó a realizar su ritual del desayuno. Viendo que estaba solo en la cocina, empezó a hablar en voz alta.

-Oye, Kuko, me parece que tú no eres muy buen amigo mío. Ya ves que todo lo hago mal. ¿No se supone que tú ibas a ayudarme siempre?

Esperó un poco, pero no oía nada. Dejó de moverse y de hacer ruido con lo que estaba usando, permaneciendo unos segundos a la escucha, pero nada.

-¿No me hablas?

Nada

-Bueno, pues peor para ti. Te vas a aburrir tú solo.

En ese momento entró la Madre en la cocina para coger una cosa.

-¿Con quién hablabas, Miguel? –preguntó viendo que no había nadie con su hijo.

-Con Kuko, pero no quiere responderme.

La Madre recordó que Kuko era el nombre que le había puesto Miguel a su ángel de la guarda.

-Pero, hijo, ya te dije ayer que lo normal es que Kuko te hable inspirándote ideas en el corazón.

-¿Qué significa inspirar, Mamá?

La Madre respiró hondo.

-Bueno, es como sugerir. Es decir, que Kuko te sugiere ideas buenas en tu imaginación para que tú las hagas.

-Entonces, cuándo se me ocurre una idea buena, ¿es Kuko que me está hablando? –preguntó Miguel.

-Más o menos -dijo la Madre volviendo a salir de la cocina, con un trajecito limpio y recién planchado, para seguir con el cuidado de la Niña.

Miguel, se quedó un rato pensando en silencio.

Cogió uno de los taburetes de la cocina, lo arrimó al fregadero y se subió a él. Abrió uno de los grifos y cogió el estropajo y uno de los platos sucios.

El agua al caer chocaba con el plato que Miguel estaba limpiando con el estropajo, al que se le había olvidado ponerle jabón, y salpicaba por toda la cocina.

Cuando alguna gota notaba que le caía en los labios rápidamente empezaba a escupir con cara de asco. Le dio la vuelta al plato para limpiarlo por el otro lado con tan mala fortuna que el agua depositada en la otra cara resbaló por fuera del fregadero hacia sus pantalones. -¡Uy! –fue lo único que exclamó cuando notó el frío del agua en sus piernas.

Terminó de fregar el plato y se alzo sobre sus pies para colocarlo en el armario que estaba sobre el fregadero. Pero lo que podría preverse por cualquier observador ocurrió: el plato se le cayó de las manos, dio de canto en el fregadero y rebotó hasta el suelo en donde se partió en varios pedazos de diferentes tamaños: chicos, grandes, astillitas.

Miguel se quedó quieto por el susto, y la Madre regresó corriendo hasta la cocina.

-¿Pero se puede saber qué haces? –preguntó a la vez que cerraba el grifo y veía el desastre que se acababa de organizar en dos minutos. El agua estaba por todo el suelo y las paredes, y los trozos del plato llegaban hasta el pasillo.

-Mira cómo has puesto todo –le dijo mientras le cogía por las axilas y le llevaba en alza hasta el pasillo-. ¿Es que no puedo dejarte solo ni dos minutos?

-Si es que me dijo Kuko que te ayudara a fregar –pudo por fin decir Miguel entre sollozos.

-Anda, ve a tu cuarto, quítate el pijama y vístete, a ver si te vas a resfriar –dijo la Madre en un tono más cariñoso.

-Pero tú me has dicho... –siguió diciendo el niño.

-Sí, Miguel. No te preocupes. Gracias por ayudarme –iba diciendo la Madre mientras le acompañaba a su cuarto-. Pero tienes que ayudarme cuando yo esté contigo, ¿no ves que tú todavía eres pequeño para llegar a las estanterías altas?.

-Pero yo no quería romper el plato -dijo ya más tranquilo Miguel.

-Ya lo sé, cariño –y le besó en la frente. Viendo que la conversación seguiría empezó a ayudarle a vestirse.

-¿Eso ha pasado porque se me ha olvidado pedirle ayuda a Kuko, como ayer cuando rompí el cristal? –preguntó Miguel intentando comprender.

-Miguel –empezó a decir la Madre sentándose al lado de su hijo en la cama-, siempre es bueno que pidas ayuda a Kuko para las cosas que haces. Pero cuando algo sale mal no quiere decir que Kuko no te haya ayudado porque a ti se te ha olvidado pedirle ayuda, o porque esté enfadado contigo. Simplemente tienes que saber que Kuko no siempre va a hacer cosas extraordinarias para ayudarte, ya que incluso con esas cosas que salen mal podemos aprender y convertirnos en mejores personas.

-Pero si Kuko es mi amigo, ¿por qué no me ayuda siempre?

-Bueno, en realidad Kuko siempre te ayuda. Lo que pasa es que no siempre te ayuda como tú quieres.

-Entonces no es mi amigo –sentenció Miguel después de pensar unos segundos.

-Sí que lo es. Precisamente porque es tu amigo, hace esas cosas. Tienes que saber que Kuko, como cualquier ángel, es mucho más listo que tú y que yo. Por eso él sabe mejor qué es lo que tiene que hacer. Y a veces, cuando nosotros pensamos

que una cosa que ha sucedido es mala, realmente es una cosa buena y nuestro ángel ha dejado que ocurriera porque sabe que eso nos conviene más. Aunque también hay a veces que deja que ocurra algo malo, si es consecuencia de que nosotros no nos hayamos portado como buenas personas. Es como cuando yo te castigo cuando te portas mal: lo hago para que mejores y no para hacerte daño.

-Sí, pero duele de todos modos –contestó Miguel recordando cuando la zapa-tilla le golpeaba en el trasero.

-Bueno, vamos a la cocina que friego en un momento y terminas de desayunas –dijo la Madre para terminar la conversación y le dio otro beso.

Miguel terminó de desayunar en silencio, dándole vueltas a todo lo que acababan de explicarle. Y cuando se disponía a salir de la cocina su Madre le mandó a comprar fruta a la tienda que había al final de la calle.

Miguel iba por la acera dando patadas a una piedrecita, procurando que no se le quedara atrás y que fuera al mismo ritmo que él. Era una calle más bien estrecha de un barrio periférico, por lo que no había apenas tráfico.

Al pasar por la puerta de la iglesia que había en la misma calle, un poco más abajo de su casa, el hombre pobre que estaba medio tumbado en la puerta le gritó para pedirle dinero:

-Por favor, chico, dame algo de dinero.

Miguel al principio se asustó un poco pero luego se paró y se acercó a él.

-¿Por qué estás siempre aquí? –le preguntó.

-¿Tu qué crees? –le contestó de malas ganas el Pobre-. Ya lo que faltaba es tener que aguantar a un mocoso –susurró por lo bajo mientras cambiaba de postura en su rincón.

En el portal de la iglesia se estaba bien, al menos hacía bastante más fresco que en la calle. Además esa iglesia casi nunca la cerraban porque era la única del barrio.

-¿Por qué no estás trabajando como mi Padre? –insistió Miguel.

-¡Porque nadie me da trabajo, niño!

-¿A quién se lo has pedido? –se interesó el niño que se adentró en el portal de la iglesia para ponerse al lado del pobre.

-Eres un poco pesado. ¿Tienes dinero para darme? Si tienes dinero para darme, dámelo, y sino lárgate.

-¿Por qué no le pides ayuda a tu ángel?

-¿De qué hablas? -le preguntó dirigiendo la mirada por primera vez a los ojos del niño.

Miguel entonces se sentó al lado del pobre y respiró hondo para después resoplar, como había visto hacer a su hermana Ana cuando él le preguntaba y ella quería manifestar que contestaba porque tenía mucha paciencia.

-¿Cómo es que no lo sabes? –preguntó meneando la cabeza-. Todos tenemos un ángel que nos ayuda siempre que se lo pedimos.

-¿De veras? –contestó el Pobre en un tono un tanto irónico.

-Bueno, realmente no nos ayuda siempre en todo lo que le pedimos, ya que a veces lo que pedimos no es una cosa que nos venga bien. ¿Lo he dicho bien, Kuko? –preguntó el niño mirando a un lado.

-¿Con quién estás hablando? –le preguntó el Pobre extrañado.

-Con Kuko. Es mi ángel.

-¡Niño, tu estás más loco que yo! –afirmó.

-No. Lo que pasa es que a los ángeles no se les ve, pero están aquí al lado.

Tú también tienes un ángel a tu lado que cuida de ti aunque no lo veas.

-Pues no lo parece –le contestó el Pobre de mala manera.

-Es así, de verdad. ¿Tú nunca le has pedido algo?

-No –contestó secamente el Pobre apoyando su espalda en la puerta de la iglesia poniéndose un poco más erguido viendo que el niño no se iba.

-Pues haz la prueba. Primero tienes que poner un nombre a tu ángel.

-Eres un pelma, niño –dijo el Pobre pero con un tono condescendiente, ya que no tenía otra cosa mejor que hacer-. Bueno, le pondré el nombre de Pablo.

-Vale. Ahora pídele algo.

-Ya –dijo el pobre después de simular que pensaba algo durante unos segundos.

-¿Qué le has pedido?

-¿Tu qué crees? Le he pedido dinero.

Miguel cogió parte del dinero que le había dado su Madre para comprar la fruta y se lo puso en la mano del pobre.

–¿Ves?, Pablo te ha escuchado. Ya tienes dinero para comer.

El Pobre se quedó sin saber que decir durante un rato hasta que soltó un “gracias” tímido.

Miguel se levantó y siguió rumbo a la tienda de fruta para hacer el encargo de su Madre.

-Adiós, niño –le dijo el Pobre viendo como se alejaba. No había entendido bien esa conversación, pero la realidad es que ahora tenías más dinero que antes.

La calle no era muy grande, pero Miguel se planteó el mandado como una pequeña excursión y no podía desaprovechar las oportunidades que le ofrecía el paraje. En concreto procuró ir dándole puntapiés a todas las piedras, latas de bebida o cualquier otro objeto que pudiera hacer de pelota.

Pero a pocos metros tuvo que hacer escala para mirar como jugaban al fútbol en un pequeño descampado que había.

-¿Puedo jugar con vosotros? –les preguntó Miguel.

-No. Eres muy pequeño –le contestó uno de los jugadores.

-Déjale. Si tampoco molesta –dijo otro de los muchachos.

En general todos los chicos tenían entre diez y trece años, pero veían a Miguel como un niño muy pequeño.

-Está bien. Pero como molestes, te largas –le dijo al final el primero.

-Vale. Voy a hacer un mandado a mi Madre y vengo enseguida –fue diciendo Miguel mientras se iba alejando corriendo hacia la tienda de fruta.

La tienda era pequeña pero estaba llena de gente. A los lados había cajas apiladas y al fondo el mostrador, donde detrás había una señora rubia más bien gordita con grandes gafas y un delantal.

Miguel empezó a colarse entre la clientela, que se componía principalmente de mujeres, hasta que llegó al pie del mostrador.

-Mi Madre dice que me des manzanas y peras –dijo sin esperar a que le preguntaran.

-Miguel, guapo, tienes que esperar a que te toque –le dijo la dependienta mientras terminaba de preparar un pedido.

-Es que tengo prisa. Me están esperando para jugar al fútbol.

-Sí. Pero al fútbol puedes jugar durante todo el día. El resto de personas que están aquí también tienen cosas que hacer, aunque no sean tan importantes como jugar al fútbol –volvió a decirle la dependienta.

-Da igual. Atiéndale. –Dijo una de las clientes.

-Está bien. Si os da igual... ¿Qué me habías pedido, hijo? -le preguntó dándole el cambio a la última cliente que había atendido.

-Un kilo de manzanas y un kilo de peras.

La dependienta alargó el brazo y cogió una bolsa de plástico blanca. Casi sin moverse de su sitio se giró un poco y empezó a meter las manzanas en la bolsa. Al lado de las manzanas estaban las peras, por lo que repitió la operación.

-Toma aquí tienes. Son cuatro euros. –Le dijo la dependienta entregándole dos bolsas a Miguel.

Miguel, poniéndose de puntillas, puso todo el dinero que le quedaba sobre el mostrador y se marchó.

-¡Miguel, espera! –le gritó la dependienta-. Te falta dinero.

-Yo ya no tengo más dinero –le contestó Miguel sin parar de andar hacia la salida, sin acordarse de que le faltaba dinero porque había dado parte al Pobre.

La dependienta se quedó extrañada y susurró un -¡cómo si no supiera esta señora lo que vale la fruta!- mientras sacaba un bloc de uno de los bolsillos de su delantal y anotaba la cantidad que se había quedado a deber.

Al salir Miguel de la tienda se encontró con una anciana que iba andando con un carro de la compra y unas bolsas en la mano. Se le veía que le estaba costando, en parte porque la calle estaba un poco en cuesta. La anciana llevaba un tiempo en la calle haciendo su ronda matutina de compras en las tiendas adyacentes al bloque de viviendas en donde vivía, y que suponía su principal distracción de cada día.

-Hola –dijo Miguel a la anciana cogiendo el carro con una mano y sosteniendo sus dos bolsas con la otra. El carro era casi tan alto como Miguel y las bolsas se le estaban empezaban a resbalar.

La anciana primero se asustó, pero al ver que era sólo un niño se quedó sorprendida.

-¿Pero qué haces? –preguntó.

-Es que me ha dicho Kuko que te ayude –contestó el niño que intentaba arrastrar el carro pero sin apenas resultado.

-¿Quién es Kuko?

-Mi ángel de la guarda.

La anciana soltó una pequeña risita, pero dejó al niño seguir ayudándole para no hacerle un feo, aunque mas que ayudar le estaba entorpeciendo. A los pocos metros le dijo: -Bueno, muchas gracias. Ya me has ayudado mucho. Ahora puedo yo sola.

-Vale. Adiós –se despidió rápidamente Miguel, que empezó a correr hacia su partido de fútbol.

-¿Ves, Kuko? Te estoy haciendo caso en todo lo que me dices –se fue diciendo Miguel mientras la anciana se le quedaba mirando.

Como siempre que llegaba a su casa empezó a tocar el timbre constantemente: ding, dong; ding, dong; ding, dong. Por fin la Madre llegó corriendo a abrirle.

-Pero, ¿no te he dicho que no hace falta que toques tantas veces? Deja la fruta en la cocina, que yo estoy con tu hermana en el baño –fue diciendo la Madre volviéndose por el pasillo.

Miguel dejó la fruta sobre la mesa de la cocina y fue al baño.

-Mami, me voy a jugar al fútbol al descampado con mis amigos.

-Bueno, pero no más de una hora –contestó la Madre, que en ese momento tenía a la niña sentada cubierta de toallas frente al lavabo y cortándole un poco de diferentes zonas del pelo, casi como estuviera pintando una obra de arte.

-¿Cómo está mi Niñaaaa? –dijo Miguel metiendo la mano entre las toallas para intentar acariciar a la Niña-. ¿Quéééé? ¿Tiene cosquillas la Niña?

-Venga, Miguel, que todavía tengo mucho que hacer. Vete a jugar –dijo la Madre que acaba de apartar las tijeras de ambos niños por el peligro de un movimiento descontrolado de alguno de los dos.

-Vale –dijo el niño sacando la mano de debajo de las toallas que cubrían a su hermana y marchándose.

-Ven, hijo. ¿No me das un beso? –le preguntó la Madre mientras se agachaba y ponía a la cara a una altura adecuada él.

Miguel volvió y rodeó el cuello de su Madre. -¡Muac! –hizo el ruido cuando le dio el beso y se marchó

-Adiós, cariño –se despidió la Madre, mientras se secaba la cara humedecida por el beso.

-Adiós, mami.

-¡Ya puedo jugar! –gritó nada más llegar al descampado en donde estaban el resto de niños jugando al fútbol.

-¡Espera hasta que el balón salga fuera! -le gritó uno de los jugadores que corría por la banda en la dirección del balón.

El campo tenía perfiladas ambas porterías con piedras y no tenía líneas de fuera del campo. Se veía por donde iba el balón por la tierra que se levantaba movida por la multitud de pies que intentaban chutar.

Iban pasando los minutos y el balón no salía afuera.

-¿Ya? –preguntaba de vez en cuando Miguel, que empezaba a estar cansado de esperar.

Por fin el balón salió del campo por uno de los laterales.

-¡Venga, vienes con nosotros! -le gritó uno de los jugadores del equipo que sacaba desde la banda-. ¡Ponte de defensa!

Realmente era difícil saber quién pertenecía a cada equipo. Los jugadores no tenían distinción ninguna.

Miguel se fue a la defensa y empezó a correr de un lado a otro según veía que el balón se iba un poco más a la derecha o un poco más hacia la izquierda. Él se daba la vuelta de vez en cuando para comprobar la situación de la portería y que estaba cubriendo correctamente.

A los tres minutos de estar en la posición de la defensa un jugador del equipo contrario se dirigía a la portería, hizo un regate y adelantó unos metros, hasta que le salió uno del equipo en el que estaba Miguel, para intentar quitarle el balón. El jugador le dio una patada a la pelota y se la pasó a un compañero que había un poco más a la izquierda.

Miguel corrió un poco hacia la izquierda, en paralelo al balón.

El jugador avanzó otro par de metros y volvió a combinar con un compañero que había más a la derecha.

Miguel corrió a la derecha.

El jugador avanzó, regateó a un contrario y chutó con todas sus fuerzas a portería.

El balón dio de lleno en la cabeza de Miguel, provocando que se echase para atrás y resbalase cayendo al suelo y golpeándose la cabeza con una piedra.

Miguel no gritó al caer. No porque fuera muy fuerte, sino porque se había quedado inconsciente tendido en el suelo y no se daba cuenta de la sangre que le manaba de la cabeza. Pero el resto de niños sí que se pusieron a gritar, aunque el golpe no se lo hubieran llevado ellos.

-¡No, no lo mováis! –decía uno.

-¿Está muerto? –preguntaba otro.

Todos los chicos empezaron a situarse alrededor de Miguel sin saber qué hacer.

-Habrá que avisar a alguien –sugirió por fin uno de los más mayores.

-¿Alguien sabe dónde vive? –preguntó otro.

-Sí, yo sí. Vive unos portales más arriba.

-Pues ve a su casa a ver si están sus padres y les dices que vengan.

El niño echó a correr en dirección a la casa de Miguel.

-¿Qué ha pasado? –preguntó el Pobre de la iglesia al niño cuando pasó por delante suya. Estaba de pie un poco saliendo del portal de la iglesia e intentaba adivinar qué ocurría y por qué gritaban los gritos y estaban arremolinados en torno a alguien.

-Un niño se ha dado un golpe en la cabeza –contestó el niño señalando hacia el descampado y siguió corriendo.

El Pobre fue a paso rápido al descampado. Empezó a apartar a los niños del corro hasta llegar a Miguel. Cuando le vio le costó reconocer al niño que le había hablado del ángel. Empezó a zarandearlo un poco: -¡Niño! ¡Chaval! –Pero nada, Miguel no hacía ningún movimiento. El Pobre se puso de rodillas al lado de Miguel mientras el resto de niños se quedaban mirando sin saber que hacer. Bajó la cabeza hasta el pecho del niño e intentó oír su corazón.

-¡Está vivo! –exclamó aliviado el Pobre. A lo que niños respondieron pasándose la noticia unos a otros como si no lo hubieran escuchado: ¡Está vivo!, ¡está vivo!

-¡Tenemos que llevarlo a un médico! –volvió a decir el Pobre, que empezaba a verse con un cierto prestigio ante su público infantil.

Le cogió en brazos y fue hacia la calle con el fin de parar un coche que le llevara al hospital. Los chicos iban rodeándole, aunque dejando un espacio para que el Pobre pudiera caminar cómodamente.

-Por favor, señor, tiene que llevar a este niño al hospital –dijo el Pobre al primer coche que paró.

-¿Qué ha pasado? –preguntó el conductor, que se había bajado del coche y estaba abriendo la puerta de los asientos traseros, facilitando la entrada del Pobre con el niño en brazos.

-Se ha caído jugando y se ha dado un golpe en la cabeza –le explicó.

Cerró la puerta de atrás y fue a subirse el Conductor cuando oyó unos gritos de una señora. -¡Espere! ¡Espere!

La madre de Miguel venía jadeando y, a poca distancia, el chico que la había avisado.

-Soy su madre –le dijo al conductor-. ¿Adónde le llevan? ¿Qué ha pasado?

-No lo sé, señora. Yo pasaba por aquí y me ha dicho ese señor que había que llevar a este chico al hospital que se había dado un golpe en la cabeza -le contestó el Conductor-. Será mejor que suba.

La Madre subió al coche por la puerta contraria a donde estaba colocado el Pobre con el niño. -¿Qué ha pasado? –volvió a preguntarle al Pobre cuando ya estuvo sentada en el interior del coche.

-Se ve que se ha dado un golpe jugando, señora –contestó el Pobre-. Lo íbamos a llevar al hospital para que lo vea un médico.

El coche arrancó dirigiéndose al hospital y el resto de niños se quedaron mirándolo absortos.

La madre de Miguel empezó a examinar su cabeza y a comprobar que el niño estaba inconsciente.

-¿Con qué se ha golpeado? –siguió preguntando la Madre.

-No lo sé. Yo estaba en la Iglesia cuando ocurrió. De repente oí mucho jaleo y me he acercado para ver si ocurría algo. Cuando llegué su hijo ya estaba inconsciente. Lo único que sé es lo que me han dicho los chicos: que se ha golpeado con una piedra al caer de espaldas por un balonazo que le ha dado sin querer otro chico.

No tardaron ni cinco minutos en llegar al hospital más cercano. El coche paró en la puerta de Urgencias y salieron un par de enfermeros con una camilla para trasladar al niño al interior del hospital. Viendo que seguía saliendo sangre de la cabeza lo llevaron directamente a una de las consultas de un médico.

-¿Qué ha pasado? –le preguntó con calma el médico a la que suponía, con acierto, sería la madre del chico.

-Parece que se ha golpeado la cabeza con una piedra cuando estaba jugando –le explicó la Madre.

Las consultas se separaban unas de otras por una cortina colgada del techo y no tenían mucho espacio para moverse. Había una camilla, un armario, una mesa y una silla. Las enfermeras pasaban de una consulta a otra siempre corriendo y con papeles, vendas o medicinas en las manos.

El Pobre se quedó un poco apartado sin saber muy bien qué hacer. Mientras, el médico empezó a limpiar la cabeza para ver de dónde salía la sangre. Después de unos segundos, ya tenía localizada la brecha.

-Es muy profunda -declaró el médico-. Vamos a coserle pero quiero que después se le haga una radiografía. Aféitale la zona -le dijo a una de las enfermeras.

-¿Es grave doctor? -preguntó la Madre, nerviosa.

-Hay una buena brecha pero no parece que haya nada más.

-Pero, ¿es normal que esté tanto tiempo inconsciente?

-Eso depende del golpe que se haya dado y de hace cuánto tiempo que se lo dio. De todos modos, después de coserle, le haremos alguna radiografía para ver si se ha producido alguna fractura en el cráneo o hay algún derrame interno.

-Ya está, doctor -dijo la enfermera cuando terminó de afeitar la cabeza del niño por la zona del golpe.

El médico se lavó las manos en un lavabo que usaban en común todas las consultas que estaban pegadas, colocó una tela sobre la cabeza de Miguel y empezó a aplicarle los puntos de sutura.

La Madre se separó un poco de su hijo para no entorpecer al médico su operación. Se aproximó al Pobre y le sonrió.

-Muchas gracias por su ayuda.

-No hay de qué, señora -le contestó tímidamente el Pobre-. Él también me ha ayudado a mí antes -dijo señalando al niño.

-No le entiendo -le dijo la Madre.

El Pobre entonces le contó lo que había hecho su hijo con él en la iglesia, y cómo le había dado un poco de dinero cuando él pidió ayuda a su ángel de la guarda porque el niño se lo había mandado.

A la Madre se le saltaron las lágrimas sin saber muy bien si era por la historia, por el susto o por la incertidumbre de lo que le pasaba a su hijo. Cuando vio que el médico estaba recogiendo los utensilios usados se acercó a la camilla y cogió la mano de su hijo.

-¿Está todo bien? –preguntó

-Sí. Ahora le llevarán a radiología. Si quiere puede ir con ellos.

El Pobre se despidió de la Madre, dándose cuenta de qué ya no hacía falta allí. La Madre le volvió a agradecer su ayuda y le dio dinero, en parte para que pudiera coger un taxi para volver a su iglesia.

Colocaron al chico en otra camilla y le transportaron a la planta de rayos X. Durante todo el tiempo la Madre estuvo al lado de Miguel cogiéndole de la mano. La enfermera le había dicho que podía hacerlo por si el niño se despertaba para que encontrara a alguien conocido.

Después de las radiografías, trasladaron la camilla a una sala de espera en donde había unas cuantas personas más, varias de ellas en sillas de ruedas. La Madre besaba de cuando en cuando la frente de su hijo y le acariciaba la mano.

–Por favor ponte bueno –le susurraba al oído. –Kuko, ayúdanos.

En la sala de espera todo eran susurros, salvo cuando sonaba por los altavoces algún nombre, que entonces alguien salía de la sala con rostro serio y preocupado.

Sólo habían pasado treinta minutos -aunque para la Madre era como si hubieran transcurrido tres días-, cuando llegó el doctor seguido de dos enfermeros.

-¿Se ha despertado o ha dicho algo? –preguntó el médico a su Madre, mirándole las pupilas al chico.

-No. Sigue igual que antes. ¿Es grave?

-Vamos a trasladarle a observación.

-¿Pero qué tiene? –preguntó la Madre nerviosamente.

-Hemos podido comprobar que no tiene fractura de cráneo. Pero el golpe ha provocado un pequeño derrame interno. Hasta que no se despierte, no sabremos cómo está realmente. En las pruebas realizadas se ha podido ver que el derrame no es muy grande y que parece que no avanza –seguía explicándole el médico-. Lo normal es que se disuelva y no afecte al cerebro, pero hasta que no se le baje la inflamación interna, no lo podemos saber con total seguridad.

-¿Pero por qué no se despierta?

-Su hijo se ha golpeado con un objeto duro que tenía un saliente. Este saliente no sólo le ha abierto una brecha, sino que ha provocado una presión en el cerebro. Esa presión es la que provoca el estado de inconsciencia. Ahora le tendremos en observación y en un par de horas se volverán a realizar más pruebas para determinar mejor los efectos del golpe y las posibles secuelas.

-Gracias –le dijo tímidamente la Madre al médico.

Cuando los enfermeros vieron que el doctor terminaba de explicarle a la Madre los síntomas cogieron la camilla y empezaron a trasladar al chico a observación.

-¿Yo puedo ir? –preguntó la Madre.

-Sí, claro. Vaya. Nos veremos allí dentro de un rato con el resultado de las siguientes pruebas –dijo el doctor.

La sala de observación era todavía más triste que la sala de espera. Había varias camas, todas ocupadas menos una, y al lado algún familiar o amigo de los pacientes. Cerca de la puerta había una enfermera sentada en una mesa en donde había un teléfono. La cama que le había tocado a Miguel estaba cerca de la ventana por donde entraba el sol y por la que la Madre miraba de vez en cuando para tranquilizarse.

Había pasado sólo la mitad del tiempo previsto para hacer las siguientes pruebas y la Madre estaba sentada al lado de la cama del niño cogiéndole la mano, cuando de repente Miguel abrió los ojos de par en par.

-¡Miguel! ¡Cariño! –le gritó la Madre

Pero Miguel no contestaba. Seguía igual, salvo que ahora tenía los ojos totalmente abiertos con una mirada perdida en el infinito.

La enfermera se acercó y miró las pupilas de Miguel. Las enfocó con una pequeña linterna que sacó del bolsillo y apagó y encendió la bombilla varias veces.

-No se preocupe, señora. Eso es normal. Además parece buena señal. Reacciona a la luz.

-Gracias –le dijo la Madre cuando la enfermera se volvió a su puesto de observación.

-Hola, Miguel.

-Alguien me está saludando -pensó Miguel-, pero esa luz tan intensa no me deja ver.

Se notaba raro. Era como si no pesara. Miró en todas direcciones pero no vio nada, salvo luz, mucha luz.

-Algo me ha ocurrido -se dijo-. Sí, me dieron con un balón.

Ya empezaba a recordar.

-Hola, Miguel.

Volvió a escuchar la voz, pero esta vez más cerca. Era una voz muy suave, parecía música. El tono no era muy grave, como de un muchacho de unos quince o dieciséis años.

-Hola –se atrevió Miguel a responder.

-¿Cómo te encuentras? –le preguntó la voz, que cada vez se sentía más cerca.

-Bien. ¿Dónde estoy?

De repente una mano apareció del medio de esa luz tan intensa y se posó en su cabeza, le acarició el cabello, y enseguida vio el resto del brazo, y un cuerpo luminoso, muy luminoso...

No tenía miedo. Al contrario estaba a gusto, aunque no sabía quien era el que le acariciaba.

-¿Quién eres? –le preguntó, deseando que su mano siguiera acariciándole la cabeza. Esas caricias le relajaban, es como si le quitaran un peso de encima.

-Mi nombre es Kuko –dijo el ángel mirando al niño fijamente a los ojos-. ¿No me reconoces?

-Pues, es que nunca te había visto –dijo el niño un poco sorprendido-. Mi Madre dice que los ángeles sois invisibles.

-Ven. ¿Quieres que demos un paseo?

-¿Adónde? –preguntó Miguel con curiosidad.

-Dame la mano y verás.

Miguel le dio la mano al ángel. Tenía una mano suave pero se notaba fuerte. Fue a dar el primer paso pero se encontró que no había suelo debajo de su pie, aunque no se caía hacia abajo. Miró al ángel y éste le miró a él. Estaban como flotando. Sí, se notaba la brisa en sus mejillas y en su pelo. Sus ropas se movían ligeramente hacia atrás. Volvió a mirar a Kuko para ver cómo estaban sus vestidos pero se dio cuenta que no los podía ver. El cuerpo despedía tal luz que todo era blanco, sólo podía distinguir algo las manos y la cara. Era muy bonito –pensó.

-¿Adónde vamos? –preguntó gritando, porque pensaba que, al estar flotando, no se le oiría. Pero sonó muy fuerte, tanto que retumbó y le volvió a él la pregunta: ¿Adónde vamos?

-Quiero preguntarte una cosa –le respondió el ángel sin soltarle la mano.

-¿El qué? –esta vez había hablado mucho más bajo pero volvió a retumbar el sonido-. ¿El qué? –volvió a preguntar en apenas un susurro; pero volvió a retumbar el sonido.

Kuko le miró y se puso frente a él con un rápido movimiento.

-Entre nosotros no hace falta que digas las cosas con la voz –le dijo el ángel. Miguel le miró fijamente pero no había visto que moviera los labios, pero sin embargo lo había oído perfectamente. Es más, los labios casi le desaparecieron, eran sólo unos pequeños trazos que se distinguían de la luz blanca que despedía.

-Vale –pensó Miguel, y cuando fue a decirlo se dio cuenta de qué se había oído a sí mismo diciéndolo-. Es verdad, funciona –volvió a decir con el pensamiento.

El ángel se puso de nuevo a su lado sin parar de flotar hacia delante.

-¿Qué quieres preguntarme, Kuko? –dijo con el pensamiento Miguel mientras cerraba los ojos y notaba la brisa en su pelo y en su cara.

-Quería preguntarte si quieres ser mi amigo –le preguntó Kuko.

-Claro -afirmó sin pensarlo Miguel-. Ya has visto que estoy procurando hacerte caso en todo lo que me dices.

-Sí. Ya he visto –le contestó el ángel mirándole y sonriéndole con esa sonrisa dibujada en la luz, con esos ojos tan azules que parecían cristales en los que sólo se

podía leer la bondad y sentirse a gusto mirándolos-. Pero me refiero a ser amigos de los de verdad.

-¿Qué quieres decir? –preguntó el niño.

-Los amigos de verdad no sólo se hacen caso. También se hacen favores entre sí. Favores que a veces son muy costosos, pero como son amigos los hacen – terminó de explicarle el ángel.

-Pues yo seré de esos amigos –le dijo Miguel mirándole-. De verdad –volvió a afirmar.

-Gracias –le dijo el ángel en un tono de voz todavía más suave.

-¿Qué quieres pedirme? –le preguntó el niño envalentonado.

-Primero tengo que enseñarte una cosa.

-Vale.

Y de repente la brisa paró. Paró en seco. Era como si hubiera desaparecido el aire.

No estaban apoyados en nada, pero Miguel sabía que estaban parados. Un punto negro se abrió hueco entre la luz frente al ángel y Miguel. La oscuridad empezó a hacerse mayor y la luz se iba como separando.

Miguel notaba la mano del ángel en su mano.

-¿Qué es eso negro? –le preguntó.

-Es la tristeza –contestó el ángel.

-No te entiendo.

-Sí. Es lo que quería enseñarte –le dijo el ángel-. La tristeza es lo único que hace que la luz no esté. Allí donde está la tristeza es imposible que haya luz.

Miguel miraba al ángel sorprendido. Por un momento le había parecido ver una lágrima en los ojos del ángel.

-La tristeza es mala. ¿Tú me quieres ayudar a quitarla? –le preguntó el ángel mirándole.

-Pero quitar la tristeza es muy difícil. Siempre hay muchas cosas que nos ponen tristes –le contestó el niño.

-Veo que confundes la tristeza con el sufrimiento –le dijo Kuko-. El sufrimiento existe y siempre existirá, pero el sufrimiento no es la tristeza.

-Pues yo cuando algo me duele me pongo triste –intentó explicarse Miguel.

El ángel le sonrió.

–No, cuando algo te duele, no te ríes. Eso es diferente que estar triste –le aclaró el ángel-. El dolor uno puede soportarlo, aunque duela mucho. Incluso se puede estar alegre a pesar de tener dolor. A ti ayer te dolía el pie pero no estabas triste.

-Es que mi Madre me trajo un helado –le interrumpió Miguel.

-Eso también ayudó –le dijo sonriendo el ángel-. Pero la tristeza se produce cuando alguien hace algo malo, entonces la luz no puede existir ahí. Ésa es la tristeza que hay que quitar. ¿Me ayudarás Miguel?

-Sí. ¿Qué tengo que hacer?

De repente la oscuridad desapareció y volvió la luz, y junto con la luz volvió la brisa. Miguel se encontró de nuevo muy a gusto.

–Ahora puedo respirar mejor –pensó.

-Quiero que me hagas caso a todo lo que te diga en tu corazón –le dijo el ángel.

-Vale.

-Quiero que no te pelees con tus hermanos.

-Pero es que a veces empiezan ellos –se excusó Miguel.

-¿Lo harás?

-Sí, pero porque somos amigos, ¿eh!

-Quiero que reces bien tus oraciones.

-Vale.

-Quiero que recuerdes cómo es la tristeza cada vez que te venga el deseo de hacer algo malo.

-Muy bien.

El ángel le sonrió y le volvió a acariciar la cabeza.

-¡Miguel!

-¡Miguel!

Estaba oyendo su nombre. Volvió la cabeza y vio a su Madre que estaba llorando a su lado.

-¡Enfermera! -se le escapó gritar a la Madre-. ¡Hijo mío! Por fin te has despertado.

La enfermera comprobando que efectivamente estaba despierto y consciente fue a llamar al doctor.

-¿Dónde estoy? –preguntó Miguel observando el resto de la habitación y a los otros pacientes.

-En el hospital, cariño –le contestó la Madre.

-¿Dónde está Kuko?

-Estará aquí a tu lado –dijo la Madre pensando realmente que Kuko le había fallado al dejar que su hijo se golpeará con una piedra.

-¿Por qué estoy aquí, Mamá?

-Porque te diste un golpe jugando.

-Es verdad. Me dieron con el balón y me caí al suelo. Ya me acuerdo.

La Madre le besó en la frente casi riéndose de lo contenta que estaba por ver que su hijo se recuperaba.

En ese momento entró el médico en la habitación y se dirigió a Miguel.

-¿Cómo estás, campeón? –le preguntó.

-Muy bien, gracias. Me duele mucho la cabeza.

-No es para menos. Te has dado un buen golpe -dijo el médico sacando una linterna del bolsillo-. A ver sigue la luz.

El doctor hizo sus comprobaciones en los dos ojos y mandó que le hicieran unas pruebas en rayos X para asegurarse.

Volvieron a llevar en la camilla al niño a Radiología para hacerle las placas. Su madre iba con él a su lado, pero esta vez iba contenta y charlando con su hijo. Después de las pruebas volvieron a la sala de espera comprobando que algunos de los pacientes ya no estaban, pero que habían llegados otros nuevos.

-Bueno, señora. Parece que todo está bien –le dijo el doctor cuando volvió con los resultados de las pruebas y ya en la consulta.

-Gracias a Dios –exclamó la Madre mirando a su hijo.

-Venga dentro de unos diez días para que le quitemos los puntos y ver como está el chico.

-De acuerdo. Muchas gracias por todo –volvió a decir la Madre.

-No hay de qué, señora.

Miguel vio la sangre que tenía en la camiseta y empezó a tocarse en la cabeza donde tenía los puntos.

-No te toques, hijo –le dijo la Madre mientras le retiraba la mano y se la cogía al salir del hospital.

-Me he manchado Mamá –le dijo Miguel.

-No te preocupes. Ahora cuando lleguemos a casa te doy ropa limpia.

La Madre compró un helado para su hijo en uno de los kioscos que había cerca de la entrada del hospital y se sentaron en un banco para tomárselo con más calma. Al terminar cogieron un de los taxis para volver a su casa.

Al llegar a casa ya habían vuelto todos. Estaba la mesa puesta para comer y Ana había recogido a la Pequeña del piso de los vecinos en donde la Madre la había dejado cuando fue a buscar a su hijo. Se arremolinaron todos en torno a la Madre y a Miguel nada más abrir la puerta.

-¿Cómo estás? –le preguntó Pedro. Mientras la Madre besaba al Padre y empezaba a explicarle lo que había sucedido.

-Me han cosido la cabeza –explicó Miguel con aire triunfante.

-Es verdad -dijo Pedro, mirándole la calva con los puntos de la cabeza-. Tienes un trozo de hilo saliendo. ¿Quieres que te lo quite?

-¡Ni se te ocurra tocarlo! -gritó la Madre cortando la explicación que le estaba haciendo al Padre y cogiendo al niño de una mano-. Venga, vamos a cambiarte de ropa.

La Madre llevó al niño al baño a limpiarlo un poco y los demás se sentaron en la mesa. Ana terminó de poner la comida.

En cinco minutos la Madre llegó con Miguel que ya venía limpio y con otra ropa.

-Mamá, he puesto las sobras de comida que había en la nevera y he hecho una tortilla para comer –le dijo Ana.

-Muy bien, hija. ¿Le has dado de comer a la Pequeña?

-Sí. Pero hay que llevarla al médico. Sigue haciendo caca con mucha frecuencia y siempre es muy líquida.

-Cariño, ¿tú la puedes llevar esta tarde? –le preguntó la Madre a su marido.

-Sí. Podría salir un poco antes del trabajo y venir a recogerla sobre las seis.  
¿Llamo yo al médico para avisarle?

-Sí. Gracias.

-Pedro, ahora no quiero ninguna pelea con tu hermano. A ver si le vas a dar en los puntos y tenemos un problema –le advirtió la Madre a su hijo.

-Pues dile que no me provoque –le contestó.

-Bueno, vamos a comer –dijo el Padre.

Bendijeron la mesa y empezaron a comer.

-Oye, Papá, ¿si se me cae el hilo de la cabeza se me pueden salir los sesos?  
–preguntó Miguel a su Padre.

El Padre antes de contestar miró un momento a su Madre intentado disimular la risa.

-Bueno, hijo. Tanto no pasaría. Sería una cosa mala y te dolería. Pero el corte que tienes no es tan grande como para que se te caiga el cerebro.

-De todos modos para el cerebro que tiene no creo que se cayera nada -dijo su hermano Pedro, intentando chincharle.

-Pedro, no empieces -le advirtió la Madre.

-¡Pues tengo más que tú! -le gritó Miguel a su hermano-. ¡Yo al menos no me tiro “peos” por la noche! -le gritó acusándole.

-¡Oye! -gritó la Madre, medio riendo, medio enfadada-. ¡A comer! No quiero volver a oíros hablar.

Pedro bajó la mirada y cogió el cubierto para comer pero disimuladamente torció la cabeza hacia su hermano pequeño y le sacó la lengua. Miguel se disponía a contestarle pero recordó las palabras del ángel: “Quiero que no te pelees con tus hermanos”. Cogió su cubierto, dejó de mirar a Pedro y se puso a comer sin decir ni una palabra. Pedro se quedó unos segundos mirándole de reojo esperando su reacción, pero viendo que no se producía ninguna continuó comiendo.

Cuando terminaron de comer la Madre advirtió a Miguel: -tú ahora te sientas en el sofá tranquilito. No hace falta que ayudes a recoger la mesa.

Miguel bajó de su silla y se fue obediente al sofá habiendo encendido antes la televisión. Ana le preguntó si quería que le trajera algún juguete de su cuarto, pero Miguel se estaba empezando a quedar dormido, por lo que prefirió recostarse en el sofá.

Miguel se despertó cuando su Padre entró sobre las seis de la tarde para recoger a la Niña y llevarla al médico.

-¿Cómo estás? –le había preguntado cuando pasó por su lado para darle un beso.

–Bien –le contestó.

El Padre fue a recoger a la Pequeña. Ya llegaba tarde a la cita con el médico, por lo que estaba nervioso e iba medio corriendo por la casa. La Madre le acompañó hasta la puerta de la calle para despedirse.

–Agradécele al doctor que nos reciba con tanta prontitud –le había dicho a su marido.

–No te preocupes, cariño –le contestó el Padre.

Miguel bostezó y se estiró para despertarse. Bajó del sofá y se fue a su cuarto. Dio una vuelta sobre sí mismo en el centro de la habitación para echar un vistazo rápido a lo que podía hacer. Lo más importante es que su hermano no estaba en el

cuarto. –Seguro que está con sus amigos –pensó-. -Vaya rollo! –exclamó en voz alta.

Por fin se decidió a coger los coches que estaban sobre la mesa y jugar a competiciones. Se puso en un extremo del cuarto y se dedicó a lanzar los coches de dos en dos a ver cuál llegaba antes y se estrellaba en la pared de enfrente.

Pero ese juego no duró mucho, sobre todo porque los coches no aguantaron muchos golpes. Una vez que los tenía todos con alguna pieza suelta volvió a levantarse del suelo y dar otra vuelta sobre sí mismo para ver qué más podía hacer. A la segunda vuelta ya estaba medio mareado por lo que se apoyó en una de las camas para no caerse y se quedó pensativo.

–¡Esto es un rollo! –volvió a decir resoplando.

De repente, sonrió y se levantó. Se le acababa de ocurrir una idea. Se asomó desde la puerta de su cuarto para ver si veía a su Madre o a su hermana. No parecía que estuvieran cerca.

-Seguro que Ana está en su cuarto y Mamá en la cocina –pensó.

Se puso a cuatro patas y, sigilosamente, empezó a desplazarse por el pasillo. Era un pasillo corto, por lo que rápidamente llegó a la sala de estar. Asomó la cabeza por la puerta y vio a su Madre sentada en un sillón hablando por teléfono.

–Menudo susto -decía-, menos mal que al final se ha quedado en nada.

Cruzar el salón sería difícil, pero o lo hacía ahora que estaba su Madre hablando o después no lo podría hacer. Casi reptando penetró en el salón. Estaba tan concentrado que las palabras de su Madre se convirtieron en un murmullo incomprensible. Empezó a cruzar la parte del salón en donde estaba su Madre sentada en

la butaca. Por suerte la butaca miraba para el otro lado por lo que no lo podía ver. Pero Miguel ya tenía experiencia del oído tan fino que tenía su Madre.

Quedaban pocos metros. Estaba sudando y le temblaban las piernas y los brazos del esfuerzo por ir reptando tan despacio. Por fin empezó a salir del salón, pero sabía que el peligro no se había acabado todavía. Una vez fuera de la sala de estar volvió a ponerse a cuatro patas, gateó otro par de metros y se coló en la cocina. Ya allí se puso en pie, abrió rápidamente el frigorífico y echó un vistazo. Nada le convencía. Abrió el armario y cogió un par de bizcochos y se los metió en el bolsillo.

—Son pocos —pensó.

Cogió otro puñado más y se los metió en el otro bolsillo. Cerró rápidamente la caja y la volvió a meter en el armario. Se dirigió a la puerta de la cocina y prestó atención. Su Madre seguía hablando por teléfono.

—La Pequeña también la tengo mala, ¡vaya una suerte! —estaba diciendo.

Se volvió a colocar en su posición de felino a cuatro patas y empezó a deslizarse hasta la puerta de entrada a la casa. Llegó en unos segundos y se puso en pie. Miró para atrás y vio, por la puerta abierta de la sala de estar, la cabeza de su Madre, que salía del sillón en donde estaba sentada hablando.

Cogió la manivela de la puerta y poco a poco empezó a girarla para abrirla. —¡Clic! —sonó. Parecía que había explotado una bomba. Miró para atrás para ver si su Madre había cambiado de posición, pero seguía hablando. Abrió la puerta muy despacio pero de pronto no oyó nada y paró en seco. Se quedó muy quieto esperando lo peor. Pero viendo que no sucedía nada volvió la vista atrás y pudo comprobar que su Madre, aunque estaba callada, seguía en la misma posición. Esperó un

rato hasta que su Madre volvió a hablar. Fue entonces cuando terminó de abrir la puerta y salió. Se dio la vuelta y cerró la puerta muy despacio. Pero, cuando llegó al final, se dio cuenta de que por ese lado no tenía manivela para girar, por lo que iba a hacer ruido.

—No hace falta que cierre, vendré pronto —pensó— y dejó la puerta casi cerrada y se marchó escaleras abajo. No quería esperar al ascensor por si hacía mucho ruido o tardaba mucho, por lo que bajó los cuatro pisos corriendo por los escalones.

Cuando salió del portal se paró un momento y respiró hondo. Lo había conseguido. Fue en ese momento de tranquilidad cuando se dio cuenta de que el cristal que había roto todavía no lo habían repuesto.

Llegó hasta la puerta de la iglesia y sin decir nada se sentó al lado del Pobre.

-Hola -le saludó el Pobre-. ¿Cómo estás? Ya se ve que te han dado unos cuantos puntos —le dijo mirándole la cabeza.

-Sí. Es que esta mañana me di un golpe —explicó Miguel que no sabía que había sido el Pobre el que le había recogido para llevarlo al hospital.

-Ya lo sé.

-¿Cómo lo sabes?

-Yo te recogí del suelo porque me avisó uno de tus amigos.

Miguel se quedó un rato pensativo y sacó todos los bizcochos de sus bolsillos y los puso en el suelo al lado del Pobre.

-¿Qué haces? -le preguntó el Pobre.

-Son para ti —le dijo Miguel, acercando un poco más los bizcochos puestos en fila hacia el Pobre.

-Muchas gracias -le contestó-. Pero la comida no se pone en el suelo.

-Lo que no mata engorda –repitió de corrido Miguel la misma frase que había oído decir a su Padre alguna vez que había cogido algo del suelo y se lo había comido.

-Tienes toda la razón -dijo el Pobre cogiendo uno de los bizcochos y tomándoselo-. Pero, come tú también –le invitó.

Miguel cogió otro bizcocho y empezó a morderlo por los bordes. Era lo que más le gustaba hacer con los bizcochos, después de meterlos en la leche claro.

-¿Y te duele mucho? –le preguntó el Pobre rompiendo el silencio y señalándole la cabeza.

-No mucho –respondió, y, viendo que el Pobre no volvía a hablar, siguió haciéndolo él-. De todos modos si se me caen los puntos no se me saldrán los sesos.

-Eso está bien.

Y después de otro silencio añadió: –Tienes que tener cuidado con los juegos.

-Pero, ¡si no lo he hecho adrede! –protestó Miguel.

-Ya imagino. Pero si tuvieras más cuidado no te pasarían estas cosas. Además tu Madre estaba muy preocupada y no querrás que tu Madre se preocupe.

-No, claro que no. Intentaré poner más cuidado al jugar –terminó diciendo Miguel.

-¿Por qué has venido aquí? –le preguntó el Pobre.

-Me aburría.

-Pero, ¿tu Madre te ha mandado a algún recado? –le preguntó sorprendido el Pobre.

-No. Mi Madre piensa que estoy en mi cuarto. Me he escapado reptando por el pasillo como en las pelis, y he pasado por la sala de estar, tumbado, sin que mi Madre se diera cuenta...

-¿Cómo? –le interrumpió el Pobre-. ¿Te has escapado de casa? –preguntó sorprendido.

-Es que me aburría –volvió a decir el niño.

-Pero, ¡tu Madre te estará buscando desesperada!.

-No. Estaba hablando por teléfono con una de sus amigas.

-Ya. Pero, cuando termine de hablar por teléfono y te busque, verá que no estás. Creo que te va a caer un buen castigo –terminó diciendo el Pobre.

Miguel se quedó pensando unos segundos y se puso en pie.

-Pues me voy –dijo decidido.

-Estás hecho un diablillo –le dijo el Pobre meneando la cabeza.

Pero Miguel ya estaba corriendo calle arriba hacia su casa. Y justo cuando llegó al portal, la Madre salía medio llorando y muy nerviosa.

-¡¿Dónde estabas?! –le gritó mientras lo cogía por los hombros y lo zarandeaba y lo abrazaba-. ¡¿Me quieres matar a sustos?! –volvió a preguntarle, mirándole entre lágrimas.

-Perdona, Mamá –le contestó el niño-. Me aburría y he estado con el Pobre de la iglesia.

-¿Y no podías decírmelo? –preguntó la Madre.

-Sí. Ya no lo haré más, de verdad –dijo el niño viendo lo mal que lo estaba pasando su Madre.

Subieron en silencio y Miguel se fue a la sala de estar. Se sentó y se puso a pintar en silencio en unos folios mientras la Madre cocinaba. Al rato de estar en casa, llegó el Padre con la pequeña.

-¿Qué ha dicho el médico? –le preguntó la Madre.

-Bueno, dice que tendrá que hacerle algunas pruebas más, pero que es importante que no siga ensuciando los pañales para que no se deshidrate.

-¿Pero te ha dicho por qué le ocurre esto?

-No lo sabe todavía. Mañana habrá que llevarla al hospital para hacerle las pruebas, a ver si descubren qué es lo que tiene.

-¿Te ha dicho si tenemos que darle alguna medicina?

-Por ahora me ha dicho que no le demos nada. Y que coma poco y beba mucho.

La Madre cogió a la niña en brazos y la llevó consigo a la cocina.

-¿Qué le pasa a mi Pequeña? –le fue diciendo a la vez que la besaba.

-Cariño, voy a recoger a tu Padre para la cena –le dijo el Padre a la Madre.

-¡Es verdad! Se me había olvidado que hoy cenaba aquí por su cumpleaños – contestó la Madre que se empezaba a poner nerviosa. -¡Ana! –gritó.

-¿Qué quieres, mamá? –le preguntó su hija, que vino desde su cuarto cuando oyó que la llamaba.

-Me tenéis que ayudar Pedro y tú. Hoy viene vuestro abuelo y todavía tenemos que preparar toda la cena para su fiesta de cumpleaños.

-Yo también puedo ayudar, Mamá –dijo Miguel, que había entrado en la cocina oyendo el alboroto.

-Vale.

La Madre dejó a la niña en la trona que estaba en la cocina y empezó a distribuir encargos entre sus hijos para preparar todo, mientras el Padre fue a buscar al Abuelo.

-¡Felicidades, abuelo! –le dijo Pedro, que fue el primero en llegar a la puerta en cuanto oyó que entraba el Padre.

Al oír el saludo de Pedro, la Madre salió de la cocina.

-Felicidades, papá- le dijo, dándole un beso.

-Gracias, hija, ya veo que estás liada como siempre.

-Son los últimos preparativos. Enseguida estoy contigo.

-No te preocupes.

El Abuelo era bastante mayor y tenía que usar bastón para caminar. A pesar de eso todavía conservaba el pelo, aunque ya totalmente blanco. Fue entrando poco a poco en el piso, dando pasos muy pequeños. Mientras el resto de los niños se iban acercando a saludarle.

-Felicidades, abuelo –y le dio un beso Ana.

-Hola, Abuelito –le saludó Miguel.

-Válgame Dios. ¿Pero qué te ha pasado en la cabeza? –le preguntó el Abuelo al ver el estado en que se encontraba su nieto.

-Es que me he dado un golpe en la cabeza jugando.

-¡Pero menudo golpe ha tenido que ser! –dijo el Abuelo, que seguía caminando despacio hasta llegar al sillón que siempre usaba en la sala de estar.

Cuando venía el Abuelo a comer, siempre se usaba la sala de estar en vez de la cocina. Era más amplía y más bonita. La mesa ya estaba colocada y cubierta con un mantel precioso y la vajilla de fiesta.

El Padre volvía de su dormitorio de haber dejado las llaves y haberse puesto una ropa un poco más cómoda.

–Pero siéntese –le dijo al Abuelo, a la vez que le ayudaba a tomar asiento en la butaca y le ponía el bastón cerca. El Abuelo no quería perder de vista su bastón, para él era como una pierna y no estaba bien dejar la pierna alejada de uno –decía bromeando cuando se le intentaba quitar el bastón.

Enseguida empezaron a sentarse el resto de miembros de la familia. La Madre llegó la última desde la cocina con una fuente con la comida.

-Bueno, esto ya está –entró diciendo y se sentó.

Bendijeron la mesa y la Madre empezó a servir la comida en todos los platos.

-Papá, he cocinado lo que a ti te gusta- le dijo mientras le servía.

-Miguel, ponle agua al abuelo.

Miguel estaba sentado a la derecha del Abuelo. Cogió la jarra de agua y le sirvió. Tuvo que ponerse de pie para hacerlo bien y que no se le cayera la jarra.

-Gracias, Pedro –dijo el Abuelo.

-No, Abuelo. Yo soy Miguel

-¿Miguel? –se sorprendió-. ¡Es que crecéis tan rápido!.

-Pedro soy yo, abuelo, no me puedes confundir con ese renacuajo.

Se veía que, para el Abuelo, esa no era la mejor noche. La confusión con sus nietos era el índice que demostraba lo mal que estaba.

-Hija, ¿me pasas un poco de queso? –le dijo el Abuelo a la Madre.

-No hay queso, papá, lo siento.

-Bueno, no te preocupes, no pasa nada, el queso es totalmente prescindible. Ya ves tú, en la guerra no había ni queso ni nada.

-Abuelito, tengo un nuevo amigo –le dijo Miguel, interrumpiendo el discurso tantas veces oído sobre la guerra.

-¡Uy! Ya sé que eres mi amigo –le contestó el Abuelo, enternecido.

-No, Abuelo: ¡Qué tengo un nuevo amigo!

-¿Cómo?, ¿qué no eres mi amigo? –preguntó.

-Abuelito, claro que soy tu amigo. Pero además tengo un nuevo amigo.

-Ah, bien -dijo-. Hija, ¿me pasas un poco de queso?

-Papá, no hay queso. ¿Quieres otra cosa? –le contestó la Madre.

-No pasa nada, no te preocupes. Ya ves, en la guerra no había ni queso ni nada.

Pedro se tuvo que poner la mano en la boca para no reírse y la Madre lo acribilló con la mirada.

-Abuelito, ¿quieres que vaya a comprar queso a la tienda? –le preguntó Miguel.

-Ah, ¿pero hay queso? –preguntó el Abuelo.

-Papá, no hay queso, pero te voy a poner otra cosa que te gusta mucho –dijo la Madre.

-Gracias.

-Y ahora después tenemos que apagar las velas, papá –le fue diciendo la Madre con cariño, sirviéndole un poco más del primer plato.

-Abuelito, ¿quieres saber el nombre de mi amigo? –volvió a preguntar Miguel.

-Hijo, ponte a comer, que se te va a enfriar –le dijo la Madre a Miguel.

-Claro, Pedro –le contestó el Abuelo.

-No, abuelo. Pedro soy yo. Él es Miguel –le volvió a corregir Pedro.

-Miguel. Es un nombre bonito para un amigo –dijo el Abuelo.

Miguel, viendo la imposibilidad de llegar a alguna parte, cambió de conversación.

-¿Cuándo vamos a darle los regalos?

-¡Miguel!, termina de comerte el primer plato. Los regalos vendrán después de cenar.

El Abuelo dejó la cuchara en el plato y miró a su hija –yo no he traído ningún regalo- dijo tristemente.

-No, papá, los regalos te los vamos a dar nosotros a ti por tu cumpleaños –le contestó la Madre. Pásame tu plato que te voy a traer el segundo –dijo la Madre con paciencia.

-Gracias, hija –dijo el Abuelo con despreocupación, pasándole el plato vacío a la Madre.

Ana fue recogiendo el resto de platos vacíos de la mesa y se fue a la cocina con su Madre para ayudarle. De pronto llegó Miguel a la cocina.

-Mamá, ¿quieres que vaya a por queso para el Abuelo? -preguntó.

-No, hijo, no hace falta. Al abuelo nunca le ha gustado el queso. Cuando lo ha tomado después le ha dolido la tripa.

-Pero, ¿por qué lo pide tantas veces?

-Es que está enfermo, cariño, y a veces no sabe muy bien lo que dice. Por eso también se confunde de nombres –le explicó la Madre.

Ana salió de la cocina y recogió la fuente del primer plato de la sala de estar y volvió a entrar en la cocina.

-Miguel, cuéntale al abuelo lo de tu golpe –le dijo Ana a su hermano.

Miguel salió corriendo de la cocina y se fue a la sala de estar.

-Abuelo, Abuelo. Te voy a contar lo de mi golpe –le dijo Miguel mientras que se sentaba en su sitio al lado del Abuelo.

El Abuelo le pasó el brazo derecho por los hombros y dijo:

-Hijo, yo últimamente no me he dado ningún golpe.

-No, Abuelo. Pero te voy a contar mi golpe. Verás –continuó rápidamente antes de que el Abuelo volviera a interrumpirle-, estaba jugando y me dieron con un balón en la cara y al caer me di con una piedra y me llevaron al hospital y me han cosido la cabeza para que mis sesos no se salgan –terminó diciendo de corrido.

-¡Válgame Dios! ¿Y te duele mucho? –preguntó el Abuelo.

-Si, y a veces me pica un poco. Pero da igual porque cuando estaba en el hospital vino a verme mi amigo y me dijo que lo que es malo es la tristeza y no el dolor.

En ese momento entraba la Madre y pudo escuchar la última parte del relato de Miguel.

-¿Qué amigo? –le preguntó.

-Kuko -dijo Miguel-; que es el nombre de mi nuevo amigo –le explicó al Abuelo mientras le cogía de la mano.

-Pero yo no me llamo Kuko –dijo el Abuelo.

-No, Abuelo, pero mi amigo sí. Bueno, realmente a lo mejor no se llama así. Kuko es el nombre que yo le he puesto.

-¡Qué te calles ya con tanto Kuko! –le dijo Pedro tirándole una miga de pan a su hermano pequeño.

-¡No tires comida! –le regañó el Padre.

-Bueno, siéntate bien que vamos a tomar el segundo plato –dijo la Madre a Miguel, que estaba un poco sorprendida por lo que acababa de escuchar de la narración de su hijo.

-¿Qué hay de segundo? –preguntó el Abuelo.

-Unas croquetas muy buenas con ensalada –le contestó la Madre cogiéndole el plato para servirle.

-Hija, lo siento, yo no puedo tomar cosas muy saladas –le explicó el Abuelo.

-Papá, no están saladas. ¡Es una ensalada! –le volvió a decir-. Croquetas con tomate y lechuga –terminó por explicar.

-¡Tomate! Me encanta el tomate –dijo el Abuelo.

-A mí también –dijo Ana.

-Y a mí –dijo Miguel para intervenir.

La Madre fue poniendo la comida en todos los platos y, por último, sirvió el suyo. De repente la Niña empezó a llorar.

-¿Tenéis gatos? –preguntó el Abuelo.

-No, es la Pequeña –dijo la Madre mientras se levantaba y se dirigía al cuarto para ver qué pasaba.

-Los gatos son muy limpios –dijo el Abuelo-, además se comen las ratas.

-¡Qué asco, ratas! –dijo Pedro.

-¡Puf! –dijo Miguel sacando la lengua y poniendo cara de asco.

-Abuelo, es que tenemos a la Pequeña un poco mala –trató de explicar el Padre.

-¿Y por eso le habéis regalado un gato? –preguntó el Abuelo sorprendido.

-¡Yo también quiero un gato! –dijo Miguel.

-No, abuelo. ¡No tenemos gato! –dijo el Padre mirando a su hijo para que comprendiera que no tenía que seguir con ese tema.

-Es que la Niña está un poco mala –trató de explicar Ana con paciencia.

-Pobrecita –dijo el Abuelo con voz tierna-. ¿Qué te pasa, hija?

-Abuelo, yo no estoy mala, es la Niña la que está malita.

-¡Ah! Pero entonces ¿por qué me dices que estás mala? –preguntó el Abuelo a Ana.

-Yo también estoy malo -dijo de repente Miguel-. Si no estuviera cosido se me podrían salir los sesos.

La Madre volvió. –Tiene fiebre –dijo mirando al Padre.

-¿Quién tiene fiebre? –preguntó el Abuelo.

-La Pequeña –contestó la Madre.

-Pobrecita, mi nieta. La más chiquita. ¿Puedo verla?

-Ahora no, papá. Acabo de cambiarla y es mejor no ponerla nerviosa, a ver si se duerme –contestó la Madre.

-Bien –dijo el Abuelo, que cogió los cubiertos para seguir comiendo-. Oye, hija, ¿me traes un poco de queso?

La Madre ya no pudo aguantar más y empezó a reírse. Bastó esta señal para que todos se rieran también. Hasta el Abuelo se empezó a reír, sin saber muy bien qué pasaba. Incluso la Pequeña en el cuarto se echó a reír oyendo a los demás.

Terminaron el segundo plato y, entre la Madre y Ana, volvieron a recoger los platos y pusieron los de postre. Se fueron a la cocina y prepararon la tarta con las velas. Sólo habían puesto tres velas para que al Abuelo no le costara apagarlas.

Ana salió de la cocina y apagó las luces de la sala de estar para que cuando entrara la tarta se vieran las velas encendidas.

-¡Me he quedado ciego! –gritó el Abuelo de repente-, ¡no veo!

-¡Enciende! –ordenó la Madre a su hija.

Miguel empezó a aplaudir viendo traer la tarta y la Madre empezó a entonar el “Feliz, feliz en tu día...”, al cual acompañaron el resto de la familia.

-Papá, tienes que apagar las velas –le dijo cuando puso la tarta cerca de su sitio.

-No sé si podré. Tenéis que ayudarme.

El Abuelo sopló levemente mientras la Madre soplabá un poco más fuerte consiguiendo apagar las tres velas. Todos volvieron a aplaudir.

-¿Has pedido un deseo abuelo? –preguntó Ana.

-Se me ha olvidado –dijo con pena el Abuelo-. Ya no sirvo para nada.

-No, papá, no digas tonterías. Volvemos a encender las velas y lo pides.

La Madre volvió a encender las velas y volvieron a apagarlas.

-Abuelito, seguro que se cumple lo que has deseado –dijo de nuevo Ana.

El Abuelo se quedó unos segundos pensativo.

-Es que se me ha vuelto a olvidar pedir el deseo –dijo con un poco de vergüenza.

-¡Bien, bien! Vamos a encender otra vez las velas –dijo Miguel aplaudiendo.

-No te preocupes, papá –le consoló la Madre.

Volvieron a encender las velas.

-¿Has pensando el deseo, papá? –preguntó la Madre.

-Sí. Ya lo tengo.

Apagaron las velas y la Madre empezó a servir trozos de tarta a cada uno.

-¿Después puedo repetir, mamá? –preguntó Pedro.

-Si sobra, sí –le contestó.

Cuando terminaron de tomar el postre recogieron la mesa entre todos, salvo el Abuelo que seguía en su butaca.

-¿Qué más quieres, papá? –le preguntó la Madre en uno de los viajes que daba desde la sala de estar a la cocina.

-Nada más –contestó-. Bueno, un poco de alcohol vendría bien para hacer que la comida baje –dijo con un cierto aire bromista.

-Te traeré un licor

La Madre puso un vaso de licor para el Abuelo, el Padre y ella.

-Yo también quiero –protestó Pedro.

-Todavía eres muy pequeño –le dijo el Padre-. Si quieres puedes tomarte un vaso de leche –bromeó.

-Mamá, vamos a darle los regalos al Abuelo –interrumpió Miguel.

-Muy bien.

La Madre fue a su cuarto y trajo un par de paquetes envueltos en un papel brillante y colorido.

-Toma papá –y le dio uno de los dos regalos.

-¡Uy!. ¿Y esto a qué se debe? –preguntó el Abuelo sorprendido de recibir un regalo.

-¡Es tu cumple, abuelito! –dijo Miguel.

El Abuelo abrió lentamente el regalo. Miguel se puso de pie nervioso por ver qué era.

-¡Un jersey! –gritó Miguel.

-¡Qué bonito! –dijo el Abuelo- ¿No será rosa, verdad?

-Pues, ¿no lo ves, papá?. Es marrón.

-Ah, vale. Es que a mí el rosa no me gusta.

-Bueno, papá, abre el otro regalo.

-¡Qué buena eres! Yo no te he traído ningún regalo –volvió a explicar el Abuelo.

-Y no hacía falta que lo hubieras hecho. Hoy es tu cumpleaños, no el mío –explicó con paciencia la Madre.

El Abuelo terminó de abrir el otro regalo. Era una foto de la Pequeña enmarcada en un marco plateado.

-¡Qué bonito! -dijo el Abuelo-. ¿No será rosa, verdad?

-No, papá. Es plateado. Es una foto de la Pequeña.

--Ah, vale. Es que a mí el rosa no me gusta.

Y todos se echaron a reír.

Estuvieron una rato de sobremesa mientras se terminaban de tomar el licor. Al cabo de una media hora la Madre metió los regalos del Abuelo en una bolsa de plástico y le ayudó a levantarse de la butaca. Sabía que si seguían sentados luego sería muy difícil levantar a su padre hasta ya entrada la noche.

-Déjame el bastón -le pidió a la Madre.

Toda la familia le fue acompañando hacia la puerta de la casa.

-¿Te lo has pasado bien? –le preguntó Ana.

-Sí, mucho.

-Adiós, abuelo –se despidió Pedro.

-Adiós, Abuelito

-Adiós, papá.

Fueron despidiéndose todos, salvo el Padre que era el que le iba a llevar.

-¡Miguel, que te levantes! –volvió a gritarle la Madre a su hijo a las diez de la mañana del día siguiente.

-Un poco más –le dijo el niño en un susurro.

-¡No! Que tenemos que ir al hospital con la Niña y llegamos tarde.

Miguel se levantó, rezó sus oraciones y se puso a medirse en el marco de la puerta para ver si había crecido.

-¡Te quieres dar prisa! –le increpó la Madre.

Miguel fue al baño y después a la cocina para desayunar. Ya estaba todo fregado y la Madre estaba vistiendo a la Niña para salir a la calle. Pedro y Ana no estaban en la casa.

-¿Por qué tengo que ir otra vez al hospital? –refunfuñó Miguel.

-No es por ti, hijo, es por la Niña. Tienen que hacerle unas pruebas para ver qué le pasa.

-¿Y no puedo quedarme a jugar con mis amigos?

-No. Después de lo de ayer, tú te vienes conmigo. Y hasta que no te quiten los puntos olvídate de ir a jugar con tus amigos y de escapadas de la casa –le dijo recordándole el susto que le había dado el día anterior.

Miguel se tomó el vaso de leche casi sin bizcochos para ir más rápido. Se fue a su cuarto y vio que encima de su cama ya tenía la ropa preparada para ponérsela. Se quitó el pijama y se puso sus pantalones cortos y la camiseta. Se calzó las zapatillas y se fue corriendo hasta donde estaba su Madre.

-¿Te has lavado los dientes?

-¡Uf! ¡Vaya rollo! –y volvió al cuarto de baño a lavarse los dientes.

-¡Y péinate! –le gritó la Madre.

Miguel cogió el cepillo de dientes le echó un poco de dentífrico y se lo metió en la boca. Empezó a restregarlo más o menos por todos los sitios como había aprendido a hacer. Escupió en el lavabo y se dio cuenta de que no había preparado el vaso con agua. Dejó el cepillo tirado en el lavabo y cogió de una de las repisas un vaso. Empezaba a picarle la lengua y se la abanicaba con una mano. Llenó el vaso de agua y sorbió un poco. Se enjuagó la boca varias veces, escupiendo en el lavabo.

-¡Frescor salvaje! –dijo al terminar echando el aliento y repitiendo la frase del anuncio.

Dejó el vaso sobre la repisa y metió el cepillo debajo del grifo para lavarlo un poco. Después con el mismo cepillo de dientes se echó el pelo para adelante y luego se echó parte para un lado. Por fin dejó el cepillo en el lugar de donde lo había cogido y gritó saliendo del baño:

-¡Mamá, ya estoy limpio!

La Madre terminó de coger los pañales.

-Bien, vámonos.

Cogieron un taxi para llegar al hospital. Al llegar allí preguntaron por el médico y pasaron a la sala de espera.

Esta sala de espera era algo diferente que la del día anterior. Aunque, sobre todo, lo más diferente eran las personas que estaban esperando. Se notaba que esa sala de espera era para pasar una consulta médica y no la de urgencias.

Tuvieron que esperar poco. Enseguida sonó por el altavoz el nombre de la pequeña y empezaron el recorrido de las pruebas. Fueron a una de las consultas en donde les esperaba una enfermera. Colocaron a la niña sobre la camilla y la enfermera rodeó su brazo con una goma para hacer que la vena se viera más y poder sacarle sangre.

La Niña empezó a llorar y la Madre intentó consolarla. Le acariciaba y le soplabla en la cara.

-No es muy llorona pero es que está muy malita –le explicó la Madre a la enfermera.

Miguel se acercó a la camilla y se puso junto a la Niña.

-Tienes que ser valiente -le empezó a decir-. Es sólo un pinchazo y ya está.

-¿Y tú cómo te llamas? –le preguntó la enfermera mientras seguía haciendo cosas.

-Miguel. Soy su hermano mayor –contestó orgulloso.

La enfermera pinchó y la Pequeña empezó a llorar más fuerte.

-¡Ya está, ya está, que no es nada! –le iba diciendo la Madre para calmarla.

Cuando la enfermera terminó, le dio la niña a su Madre para que pudiera cogerla en brazos y consolarla.

La auxiliar les indicó, una vez terminadas todas las pruebas, que volvieran a la sala de espera, que en un rato tendrían los resultados y les llamaría para que fueran a la consulta y el doctor se los comentara.

Habían tenido que cambiar a la Niña de pañales una vez en uno de esos cambiadores que hay en los hospitales, y ya llevaban después esperando más de media hora.

-¡Estoy aburrido! –dijo Miguel, que ya no sabía qué hacer, después de probar todas las posturas posibles y revisar por todas las partes la silla en donde estaba sentado.

La niña se había quedado adormilada y la Madre esperaba pacientemente.

-¿Cómo te llamas? –le preguntó una Señora que estaba sentada cerca cuando oyó lo que dijo Miguel.

-Me llamo Miguel –contestó.

-¿Y qué te ha pasado? –le preguntó pensando que estaban allí por él al ver los puntos en la cabeza.

-A mi no me pasa nada. Es a mi hermanita. Hace muchas veces caca líquida –explicó el niño.

-Pero tú también tienes una herida en la cabeza –dijo la Señora con curiosidad.

-Es que me caí y me di un golpe. Pero no me duele.

-¡Qué valiente! ¿Quieres un caramelo? –preguntó mirando a la Madre por si ponía alguna objeción.

-Vale –contestó Miguel.

La Señora sacó un caramelo de su bolso y se lo dio a Miguel-

-Gracias –dijo la Madre a la Señora.

Miguel se fue a donde estaba la Pequeña y le preguntó: -¿quieres un caramelo?

-Miguel, déjala que está dormida –le dijo la Madre.

Miguel volvió a su sitio, al lado de la Señora, desenvolvió el caramelo y se lo metió en la boca.

-¿Te gusta? –le preguntó la Señora.

-Sí, gracias. ¿Y tú cómo te llamas? –preguntó.

-Pili –dijo la señora.

-¿Cómo la pilila? –preguntó con toda naturalidad Miguel, que no dejaba de chupar su caramelo.

-¡Miguel! –le llamó la atención la Madre.

-¿Qué pasa? –preguntó sorprendido Miguel.

-Pili viene de Pilar, hijo –dijo riéndose la Señora.

De repente sonó por la megafonía el nombre de la Niña.

-Venga, vámonos, Miguel. Gracias por todo, señora.

-No hay de qué. Tiene un hijo encantador.

-Gracias. Hasta luego.

Llegaron a la consulta.

-Buenos días –dijo la Madre al doctor.

-Buenos días. Ponga a la niña sobre la camilla.

La niña se despertó y empezó a lloriquear. Miguel estaba de pie frente a un póster en donde estaban dibujadas las partes del corazón humano.

El médico auscultó a la Niña mientras le iba preguntando a la Madre los síntomas que tenía. Cuando terminó de examinarla se volvió a sentar detrás de su mesa y se puso a escribir.

-Ya puede vestir a la Niña –le dijo a la Madre.

-¿Qué le pasa?

-Vamos a tener que dejar a la Pequeña aquí –dijo el médico

-Pero, ¿por qué? ¿Es grave? –preguntó la Madre, nerviosa.

-Bueno, señora. En una niña tan pequeña los síntomas que tiene son graves. Hay que bajarle la fiebre y quitarle esa diarrea. Quizás sea un virus. Realmente en las pruebas realizadas no hemos podido ver nada especial salvo una leve infección intestinal. Y sinceramente, señora, lo que nos preocupa no es la infección sino su causa, el porqué se ha producido. Por otro lado, aquí podremos hacer que no se deshidrate.

-¿Le harán más pruebas? –preguntó la Madre.

-Por ahora no. Ahora le aplicaremos suero y cuando tenga el estómago vacío le realizaremos alguna prueba más.

-Gracias –dijo la Madre.

-Vuelva a la sala de espera hasta que les llamen para darle una habitación.

-Gracias –volvió a decir la Madre.

-Miguel, vámonos.

La Madre salió apenada de la consulta y fue hacia la sala de espera.

-Quédate con la Pequeña aquí que voy a llamar a tu Padre –le ordenó la Madre a Miguel.

Frente a la sala de espera había un teléfono público desde el que pudo llamar la Madre a su marido para explicarle todo lo ocurrido.

-¡Quééé! -empezó diciendo Miguel a la Niña. Se acercó su boca a la barriguita de la niña y sopló fuerte provocando sonidos. La niña empezó a reírse-. ¿Quién es la niña más guapaaaa? –continuó haciéndole carantoñas.

La Madre volvió y cogió un pañuelo del bolso para secarse las lágrimas y sonarse.

-¿Qué te pasa Mamá? –le preguntó Miguel.

-Nada, hijo mío. Es que me da pena que la Pequeña lo esté pasando mal.

Miguel recordó las palabras de su ángel.

-Kuko me ha dicho que si no se ha hecho nada malo no hay que ponerse triste.

La Madre no sabía que decir. No se sentía con fuerzas para entablar una conversación con su hijo sobre Kuko y cuándo le había dicho todas esas cosas. Se limitó a darle un abrazo, besarle y decirle: -hijo, la pena no es por haber hecho algo malo, sino por ver que la Niña sufre.

-Pero a veces el sufrimiento puede ser bueno –le dijo Miguel repitiendo las palabras del Ángel.

La Madre le volvió a besar.

-Si quieres le pido ayuda a Kuko para que la Pequeña se cure –dijo Miguel.

-De acuerdo. Yo también lo haré.

Miguel se puso serio, miró para la derecha y empezó a hablarle a Kuko en voz baja:

-Kuko, ayuda a mi hermanita, que está muy mala y no para de hacer caca. Ahora somos amigos y tienes que hacerme caso. Ya has visto que estoy siendo bueno y que intento que no haya tristeza, como me pediste.

-Ya está, Mamá –dijo volviéndose a su Madre.

-Vale. Anda, siéntate aquí conmigo.

Miguel se sentó al lado de la Madre y procuró no hacer ruido. La Madre le cogió de la mano y se la iba acariciando a la vez que con la otra acariciaba a su hija. De vez en cuando se secaba alguna lágrima que se le escapaba y se sonaba.

-Pero no llores, Mamá. Verás como se pone bien –le dijo Miguel mientras que le acariciaba la cara a su madre.

Dos enfermeros llegaron a la sala de espera con una pequeña camilla y preguntaron por la Niña para llevarla a una habitación.

En la habitación había una cuna además de la que habían traído con la Niña. Una de las paredes tenía una ventana al exterior.. Encima de las cunas había colgadas algunas cosas que le servían a los bebes para distraerse. Llevaban en la habitación poco más de media hora cuando llegó el resto de la familia.

-¿Cómo está? –preguntó en voz baja el Padre al entrar en la habitación y ver dormida a la Pequeña.

-Igual. Todavía no le han hecho las otras pruebas –contestó la Madre.

-Me he traído a Ana y a Pedro y comeremos aquí en el hospital. Así podemos turnarnos y tú descansas un poco. Luego, cuando vuelve al trabajo, me llevaré a los chicos a casa.

-Vale. Pero a Miguelito lo dejas aquí conmigo. No me fío de dejarlo por ahí y que se dé otro golpe con los puntos recién puestos.

Ana y Pedro se acercaron a la pequeña cuna para ver a su hermana.

-No hagáis ruido, que está dormida –les advirtió la Madre.

-¿Y cuándo le harán las otras pruebas? –preguntó de nuevo el Padre.

-No lo sé. El médico me dijo que tenían que pasar unas cuantas horas.

-Pues lo mejor será que te vayas a comer. Yo me quedo aquí.

-Vale. Tardaré lo menos posible -dijo la Madre-. A ver niños, veniros que vamos a comer.

Fueron a la cafetería del hospital y pidieron unos bocadillos y unos refrescos. Pagaron y se sentaron en una de las mesas. La cafetería estaba limpia y ordenada, aunque había mucha gente comiendo. Era continuo el movimiento del personal que limpiaba suelos y mesas y colocaban las mesas y las sillas en un estricto orden.

-¿Qué le pasa a la Pequeña, mamá? –preguntó Ana una vez que ya habían empezado a comer.

-Los médicos todavía no lo saben muy bien –contestó la Madre.

-Pero, ¿cuánto tiempo tiene que estar aquí? –preguntó a su vez Pedro.

-No lo sé. En principio todo dependerá de unas pruebas que tienen que hacerle.

-¿Y cuándo se las van a hacer? –preguntó de nuevo Pedro.

-No lo sé, hijo.

-Se va a poner buena. Se lo he pedido a Kuko –afirmó Miguel.

Buena parte del resto de la comida la pasaron en silencio respetando la preocupación de la Madre. Terminaron de comer y compraron un bocadillo y una cerveza para el Padre.

Había pasado sólo media hora y no había cambiado nada en la habitación. La Niña seguía dormida pero respiraba entrecortadamente y no le había bajado la fiebre. El médico todavía no había ido a hacer las pruebas prometidas.

Cuando el Padre terminó de comerse el bocadillo que le había subido su mujer se despidió de ella.

-Volveré lo antes posible –le dijo.

-Ana, Pedro: id con vuestro Padre. Y, Pedro, no quiero que esta tarde salgas con tus amigos. Te quedas en casa y ayudas a tu hermana a preparar la cena.

-Sí, mamá –le contestó é obediente.

-¿Yo no me voy, Mamá? –preguntó Miguel.

-No. Tú te quedas conmigo para hacerme compañía y ayudarme a cuidar de tu hermanita.

-Vale –dijo Miguel, orgulloso de que le dieran un encargo y acercándose más a la cuna.

-Hasta luego -le dijo el Padre a la Madre, besándola-, llámame si hay algo importante.

-Muy bien. Hasta luego.

Los niños se despidieron de su Madre y se fueron. Volvieron a quedarse solos y la Niña seguía dormida. La Madre le puso la mano en la frente.

-Creo que le está subiendo la fiebre –le dijo a la enfermera de guardia que en ese momento había pasado por la puerta de la habitación.

La enfermera le puso un termómetro y anotó los grados de fiebre que tenía.

-No se preocupe. Se le ha puesto en el suero lo necesario para hacerle bajar la fiebre. Hay que seguir observándola.

Miguel salió de la habitación mientras la Madre estaba hablando con la enfermera. Miró a un lado y después al otro y se decidió por la derecha para comenzar su inspección.

A los pocos metros había otra habitación con la puerta abierta y en penumbra. Asomó primero la cabeza y luego introdujo el resto del cuerpo. La distribución de la habitación era igual que la de su hermana, pero sin las cunas. Había un hombre de casi treinta años tendido en una cama mirando al techo. A su lado estaba una mujer mayor sentada en una butaca y con la cabeza apoyada en la cama. Cuando oyó entrar a Miguel se sobresaltó y le miró.

-Hola –saludó la señora a Miguel buscando un poco de distracción.

Miguel entró un poco tímidamente.

-Hola.

-¿Cómo te llamas? –preguntó la mujer.

-Miguel. ¿Está malo? –preguntó señalando al hombre.

-Sí.

Miguel se acercó un poco más a la cama.

-¿Qué te pasa? –le preguntó al hombre.

-No te entiende -le contestó la mujer-. Mi hijo es deficiente mental.

-¿Eso qué es? –se interesó Miguel.

-Que aunque parezca una persona mayor realmente es como si fuera un niño.

-¿Un niño como yo?

-En concreto mi hijo es como si fuera un niño todavía más chico que tú, de unos tres años.

Miguel se acercó todavía más a la cama y se puso a hacerle cosquillas al hombre mientras le decía las frases que le decía a la Pequeña su Madre.

-¿Cómo está mi niñoooo? ¿Quién es el niño más guapooooo?

La Mujer, comprendiendo el proceso mental del niño, no tuvo más remedio que echarse a reír.

-No te escucha, cariño –le dijo la mujer.

-¿Por qué? –quiso saber Miguel.

-Es que está inconsciente –contestó la mujer poniéndose otra vez seria recordando como su hijo estaba a punto de morir-. Es como si estuviera dormido –explicó por si el niño no sabía lo que era inconsciente.

-Yo ayer también estuve inconsciente –le contó Miguel-. Me di un golpe en la cabeza –y le señaló los puntos que tenía en la parte trasera de la cabeza.

-¿Y te duele?

-No. Sólo me pica un poco a veces.

-¿Y por eso estás en el hospital?

-No. Es que mi hermanita está muy mala. Pero se va a poner buena porque se lo he pedido a Kuko.

-¿Al médico?

-No. Kuko es mi ángel de la guarda. ¿Quieres que le pida a Kuko que cure también a tu hijo?

-Sí, gracias. Aunque los médicos me han dicho ya que morirá de un momento a otro. Pero pídele a Kuko que si tiene que morir que no sufra.

-Vale. Y tú pídele a tu ángel de la guarda para que se cure mi hermana. Así se juntarán varios ángeles y tendrán más fuerza –explicó Miguel.

-De acuerdo. Así lo haré.

De pronto entró la Madre de Miguel en la habitación.

-¡Estás aquí! Miguel No te vayas sin decirme nada por favor.

-Vale –contestó Miguel tímidamente.

-Hola –saludó a la mujer.

-Hola. ¿Es su hijo? –preguntó.

-Sí.

-Es muy majo. Ya me ha contado que está su hija enferma. ¿Es grave?

-Todavía no sé sabe, aunque ha perdido mucho líquido y no le baja la fiebre. Ahora tienen que hacerle unas pruebas para ver si determinan mejor qué tiene. Le voy a dejar porque el médico tiene que estar a punto de llegar y he dejado a mi hija sola para buscar al niño.

-Muy bien. Hasta luego.

-Hasta luego y que se mejore –le dijo la Madre señalando al hombre de la cama.

-Gracias. Hasta luego, Miguel.

-Adiós –se despidió Miguel.

A los pocos minutos de estar en la habitación, la Niña empezó a temblar. La Madre la tocaba, pero no paraba de temblar. Salió al pasillo, -¡enfermera!, ¡enfermera! -gritó.

La enfermera llegó rápidamente y vio a la niña temblando. Le volvió a tomar la temperatura y el pulso. Salió corriendo y llamó al doctor.

-Enseguida vendrá un médico, señora.

-¿Pero qué le pasa a mi hija? –preguntaba desesperanzada la Madre.

La enfermera veía como la Niña cada vez temblaba más. Empezaba a ponerse de un color blanquecino y cada vez respiraba más rápido.

El médico llegó corriendo.

-¿Cuánta fiebre tiene? –preguntó cogiéndole la muñeca para ver el pulso.

-Cuarenta y dos grados, a pesar de todo lo que se le ha suministrado.

La Madre estaba callada al lado de la cuna casi llorando. Miguel se quedó inmóvil al lado de la ventana, sin hacer nada de ruido.

-¡Hay que bajarle la fiebre! –dijo el médico-.

-¡Qué preparen un desfibrilador! –ordenó el médico a la enfermera cuando vio que de repente la niña dejaba de respirar.

-¿Qué tiene doctor? –preguntó la Madre que se sentía impotente.

-¡Señora, ahora mismo no! –le contestó sin mirar.

El médico quitó rápidamente las agujas del brazo de la pequeña y empezó a darle un masaje cardíaco.

La Madre se puso a llorar. Miguel se acercó a ella y le tiró de la falda para cogerle la mano.

-No te preocupes, Mamá. Kuko va a cuidar de ella –le dijo en un susurro.

La Madre abrazó a su hijo sin poder dejar de llorar. Mientras los médicos ponían todos los medios a su alcance para reanimar a la pequeña. La enfermera había llamado por la megafonía a varios especialistas para que se reunieran en la habitación.

Habían pasado más de dos minutos y la Niña seguía sin respirar. Le habían dado masajes, hecho la respiración artificial, pero no había reacción. La Pequeña seguía temblando.

Iban llegando diversos doctores. Cada uno observaba la situación e intentaba aplicar algún método rápido y eficaz. Pero la Niña seguía temblando y sin respirar. Ya casi habían pasado tres minutos.

De repente la Niña cambió de color. Paso de blanco a morado. Dejó de temblar totalmente. Se quedó quieta, totalmente quieta. Y soltó un hipo que hizo que reaccionara y abriera su boquita para tomar una gran bocanada de aire.

Poco a poco su respiración se fue normalizando y el color de su piel pasó de nuevo a la normalidad. La fiebre empezó a bajarle rápidamente. Los médicos empezaron a hacerle pruebas: tensión, pulso, temperatura, ...

A los cinco minutos la Niña abrió los ojos y comenzó a llorar.

La Madre no podía creérselo. Entre las lágrimas ahora se reía.

-¡Mi Pequeña!- repetía.

-¡Miguel, que te levantes!. –Despertó la Madre a su hijo.

Después del susto de la Pequeña habían pasado un día más en el hospital para que la observaran y para hacer pruebas. Pero todo era normal. Ahora ya estaban en su casa.

Miguel se levantó rápidamente. Estaba contento. Rezó y fue en busca de su hermana pequeña a la cocina.

-¿Cómo está mi Niña hoooyyy? –le iba diciendo mientras la intentaba abrazar-. ¡Si es que es la reina de la casa! –le dijo dándole un beso y estrujándola entre sus brazos.

Ahora la Pequeña se había convertido en el centro de atención. En parte por el susto y en parte porque todavía no se sabía qué es lo que le había pasado y estaban continuamente pendientes de ella por si tenía algún achaque.

Era domingo, y como todos los domingos, invitaban al Abuelo a comer. Después de ir toda la familia juntos a Misa, como acostumbraban, el Padre había ido a recogerle. Mientras Ana, Pedro y Miguel ponían la mesa y la Madre terminaba de dar de comer a la Niña para acostarla.

-¡Abuelo! –saludó Miguel, que fue corriendo desde la sala de estar a la puerta cuando lo vio entrar.

-Hola, Pedro.

-Pedro soy yo, abuelo –le dijo el muchacho mientras le besaba.

-Hola, abuelo, ¿cómo estás? –preguntó Ana.

-Bien, hija –le contestó.

Poco a poco se fue yendo hacia su butaca de la sala de estar. El Padre le ayudó a sentarse y dejó el bastón, como siempre, a su lado.

-Hola, papá –dijo la Madre cuando terminó de acostar a la Pequeña.

-Hola hija. ¿Cómo está la niña? –preguntó acordándose perfectamente de la llamada que le había hecho su hija contándole todo el sufrimiento por el que habían pasado.

-Ya está bien. Parece que está totalmente curada, gracias a Dios.

-Bueno sentaos -ordenó la Madre-. Vamos a empezar a comer.

-¿Cuándo me vais dar los regalos? –preguntó el Abuelo.

-No, papá. Hoy no es tu cumpleaños. Eso fue el otro día –trato de explicarle la Madre.

-Bueno, no importa. A mí también se me había olvidado traer vuestros regalos –dijo el Abuelo.

La Madre colocó una sopera en medio de la mesa y empezó a servir el primer plato.

-¿Tienes mucha hambre, papá? –le preguntó la Madre al Abuelo.

-Sí. Pero ya sabes que no puedo tomar mucha sal por el corazón.

-No te preocupes, que esta sopa no tiene sal –contestó la Madre.

-Mamá, ¿no le has puesto nada de sal? Entonces va estar sosa –dijo Ana.

-Tú ya le echas la sal que quieras, hija –le contestó la Madre.

-¿Quién es Sosa? –preguntó el Abuelo.

-No, abuelo. Es la sopa que va a estar un poco sosa.

-¿Pero no te llamas Ana? ¿Por qué te has cambiado de nombre? –preguntó el Abuelo-. Esta juventud... –dijo meneando la cabeza.

-Que no, abuelo. Yo me sigo llamando Ana.

-Entonces, ¿quién es Sosa? –volvió a preguntar el Abuelo.

Miguel y Pedro se morían de risa y el Padre no sabía qué decir.

-Papá, sosa es la sopa –dijo la Madre.

-Vaya nombre que le ponen a las sopas ahora –declaró el Abuelo.

Empezaron a tomarse la sopa. Ana empezó a servir agua en los diferentes vasos. Cuando llegó a la del Abuelo le preguntó -¿quieres?

-Hombre, un güisqui pequeñito no hace daño a nadie –contestó, cogiendo su vaso y acercándolo a la jarra para facilitar que su nieta le pusiera un poco.

-Es agua, abuelo –le dijo Ana sirviéndole.

-¡Ah!, ¿pero no hay güisqui? –preguntó el Abuelo.

-No. Ahora mismo no hay.

Cuando terminaron de tomar la sopa la Madre recogió los platos y se los llevó a la cocina trayendo en el viaje de vuelta el segundo plato.

-¿A ver si adivinas qué es, papá? –le preguntó al Abuelo cariñosamente mostrándole la bandeja con la comida.

-Un güisqui –contestó convencido.

Al Padre se le escapó una carcajada sin poder aguantarse más la risa.

-No, papá. Son chuletas de cordero. Lo que a ti te gusta.

-Pero, ¿no le habrás puesto sal? Ya sabes que yo no puedo tomar sal por mi corazón.

-No. tranquilo. Esta comida te sentará muy bien –le dijo la Madre con paciencia.

La Madre sirvió los platos de todos y, cuando terminó, el Abuelo volvió a preguntar:

-¿No hay güisqui?

-¡Papá, no hay güisqui! Si quieres te ponemos más agua.

-Anda, hija ponle más agua al abuelo –le dijo a Ana.

La niña cogió la jarra y sirvió un poco más de agua en el vaso del Abuelo.

-¡Ay, que pillina! Así que tenías güisqui y no querías darme –le dijo el Abuelo.

Cuando el Abuelo terminó de tomarse su segundo plato, cerró un momento los ojos.

-¡Ya está!, ya he pedido el deseo. Ahora puedo apagar las velas.

-Papá, eso fue el otro día, que era tu cumpleaños. Hoy no tenemos tarta.

-Bueno, bueno. Pero ya he pedido el deseo y puedo apagar las velas –volvió a repetir.

La Madre fue a la cocina y se trajo una magdalena con una cerilla encima. Al llegar a la sala de estar encendió la cerilla.

-Venga, papá, ahora puedes apagar las velas.

El Abuelo sopló y apagó la cerilla. Todos aplaudieron.

-¡Bien!. –¡Bravo!

-¡Uy!, se me ha olvidado pedir el deseo –dijo el Abuelo.

-Si ya lo habías pedido –intentó explicarle Ana.

-Vaya, por una vez que es el cumpleaños de uno y va y se me olvida pedir el deseo.

La Madre volvió a encender la cerilla de la magdalena y pidió al Abuelo que pensara el deseo.

-Ya está –dijo. Y sopló la cerilla.

Todos volvieron a aplaudir y a felicitar al Abuelo.

Terminaron de tomar el postre y el Padre cogió las llaves del coche para llevar al Abuelo. Ana y Pedro se despidieron.

-¿Quieres despedirte de la Pequeña antes de irte? –le preguntó la Madre.

-Claro –contestó el Abuelo.

Lentamente, a la velocidad que podía caminar el Abuelo ayudado del bastón, llegaron a la habitación en donde dormía la Niña. El Abuelo se quedó mirándola, dio un beso a su mano y extendió la mano hasta la carita de la niña. Se dio la vuelta y se agachó un poco para besar a Miguel y despedirse de él. Fue entonces cuando le dijo haciéndole un guiño: -da recuerdos a Kuko de mi parte.

**FIN**